

PRESENTACIÓN

Hugo Norberto Santos

Hace ya 7 años que realizamos en Buenos Aires la 1° Consulta Latinoamericana de Psicología Pastoral. En aquel momento, a partir de una encuesta previa, llegábamos a la conclusión, entre otras, que era necesario profundizar el diálogo de la Psicología Pastoral con la Teología. Si bien hemos estado trabajando estos años en esta tarea, la afirmación sigue siendo cierta.

Como todo diálogo que se precie como tal, debe hacerse en una doble dirección: hallar fundamentos teológicos que den sentido a la acción pastoral; pero también desde la práctica misma, iluminada por las ciencias humanas, hacer planteos y preguntas para que consideren los teólogos.

Hay un vínculo más que se hace necesario. Este es entre lo que nos llega de las teorías y técnicas psicológicas y la práctica eclesial. Hablar de Psicología Pastoral es referirse a una psicología aplicada. Esto supone tomar en serio, con profundidad y espíritu crítico, lo que las corrientes psicológicas nos plantean y aplicarlo en un contexto muy particular como es el ámbito eclesiástico.

El propósito de los trabajos presentados en este número de la revista es contribuir a estos encuentros: lo teológico, lo pastoral, lo psicológico. Sus autores somos profesores de seis instituciones teológicas y un centro de psicología pastoral de Argentina. Un grupo que ha respondido al llamado de A.S.I.T. para integrarnos y hacer más fructífera la educación teológica.

Lo que presentamos, es sólo un momento en este camino. Hemos trabajado teniendo como eje un concepto fundamental de nuestra fe y teología: el hombre nuevo. Nuestra certeza es que toda acción pastoral debe tener como objetivo su formación en cada creyente, lo cual implica un incesante crecimiento dejándonos invadir por la imagen única de Jesucristo.

El desarrollo de estos temas fueron presentados, casi textualmente, en una Consulta que, con el título de **"Una pastoral para el hombre nuevo"** se realizó en Tucumán, en el mes de Julio y que se repetirá en Buenos Aires del 2 al 4 de noviembre de este año. Dentro de las posibilidades temáticas, hemos procurado utilizar un lenguaje sencillo para aquellos que no están familiarizados con las disciplinas expuestas.

Una palabra final: para hablar de hombre nuevo, hemos optado por conservar la terminología que usamos normalmente en nuestras congregaciones. Obviamente, nos referimos al ser humano nuevo, pero entendemos a muchas mujeres de nuestras congregaciones cuando dicen que no se sienten adecuadamente incluidas en esta forma de expresión.

Hablar de una nueva humanidad supone reflexionar no sólo sobre el hombre nuevo, sino también sobre la mujer nueva con todas sus implicancias y relaciones. Sobre estos puntos, seguimos estando en deuda.

Índice

El hombre nuevo y el inconsciente	Dr. Jorge León
El hombre nuevo y el narcisismo	Lic. Santiago Rosarno
El hombre nuevo y el complejo de Edipo	1° Parte: Lic. Graciela M. de De los Santos 2° Parte: Lic. Elisa Franz de Owen 3° Parte: Lic. Josefa R. de Robert
El hombre nuevo y la espiritualidad	Dr. Daniel Tinao
El hombre nuevo y la iglesia	Lic. Hugo Santos
El hombre nuevo y la responsabilidad social	Lic. Josefa R. de Robert

EL HOMBRE NUEVO Y EL INCONSCIENTE

Dr. Jorge León

Nosotros suponemos que todo aquél que dice o hace algo sabe lo que dice o hace. Nuestro Señor Jesucristo nos muestra lo contrario cuando desde la cruz ora por los que le crucifican diciendo: *Perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc. 23:34). Uno puede hacer o decir sin saber realmente qué es lo que dice o por que hace lo que hace. Existe un saber no sabido que se expresa en el decir y una irracionalidad que se manifiesta cuando creemos actuar guiados por la razón. Somos hablados y actuados por el inconsciente. Ni siquiera la voluntad es tan voluntaria como suponemos.

La oración de Jesús desde la cruz muestra que podemos pecar inconscientemente. Si no existiera el pecado inconsciente nuestro Señor no habría pedido perdón para los que le mataban en la forma que lo hizo. A estos pecados no sabidos se refiere el salmista cuando pide perdón por sus "errores ocultos". Un error oculto, o un pecado no sabido, es el que comete Saulo de Tarso cuando persigue a la iglesia creyendo servir a Dios. Hoy como ayer, Jesús desea hablar, a través de sus ministros, a los que hacen sin saber lo que hacen. Me parece imposible lograr una pastoral para el hombre nuevo sin tener en cuenta la insistente acción del inconsciente. ¿Cómo podrán hablar los ministros de Dios sin conocer su propio inconsciente? San Pablo reconoció su **existencia**, en Romanos 7 y su **insistencia** en 2 Corintios 12, pero no tuvo oportunidad de conocerlo por cuanto no existía el método para lograrlo. Si bien este trabajo es introductorio al tema que nos ocupa, por su complejidad, no podría ser de otra manera, me referiré a dos conceptos que se articulan y complementan mutuamente: **el hombre nuevo y el inconsciente**. Estos conceptos serán relacionados con la caída y la pastoral.

El hombre nuevo

El concepto de hombre nuevo aparece a través de toda la Biblia. El que presenta el autor del salmo 8 representa al hombre según la intención original de Dios. En los Evangelios se puede inferir que Jesucristo es el segundo Adán que vence al tentador en el desierto para reivindicar al primer Adán.

Por las victorias del desierto y del Calvario, el segundo Adán devuelve al hombre la posibilidad de ser plenamente humano. Así pues, el hombre nuevo y el segundo Adán serían conceptos equivalentes. San Pablo se ocupa del segundo Adán en dos de sus epístolas (Romanos 5:14 y 1 Corintios 15:22). Me voy a referir, brevemente, al concepto de hombre nuevo dedicando especial atención a la epístola de los Efesios. Suponemos en el lector conocimientos teológicos, por lo tanto, los enunciados teológicos serán más breves que los referidos al inconsciente, que a su vez trataré de articular con la pastoral.

Es en torno a las reflexiones sobre Adán que Pablo va de lo particular a lo general y viceversa. Adán significa hombre en hebreo, no solo en el sentido singular que tiene la persona humana, también se refiere a la humanidad toda. En este último sentido que Pablo se refiere al hombre nuevo en Efesios 2:15. En un sentido similar, aparece en Efesios 4:13, donde hombre maduro, en griego **aner telios**, se refiere a la iglesia como un todo. El concepto de hombre maduro lleva implícito la idea de crecimiento de la iglesia por oposición al bebido, en griego **nechos**, que es llevado de un lado a otro sin que pueda impedirlo. Es a eso que se refiere la enigmática traducción que hace Reina Valera de Efesios 4:14 *niños fluctuantes*. En Efesios 4:12-16 aparecen dos imágenes del crecimiento de la iglesia: un templo que se va edificando en amor y un cuerpo humano que crece hasta su plena maduración. Aquí el hombre nuevo no se asimila a la existencia individual del cristiano sino a la comunidad de los cristianos.

El hombre nuevo como singularidad histórica del sujeto, aparece también en esta epístola. Efesios 4:22-24 enfatiza el cada uno, es decir, cada cristiano en su singularidad. (Cf. Efesios 4:25-32). Aquí el desafío a cada cristiano no es a "convertirse en hombres nuevos" sino desvestirse del hombre

viejo y vestirse del hombre nuevo. Hombre nuevo que no es otro que Jesucristo. Se trata de una identificación imaginaria (vestirse de) hasta que el vestido se convierta en piel. No se trata de un tipo especial de vestimenta real o simbólica. Se refiere a la identificación imaginaria con Jesucristo.

El inconsciente

Afirmar que Freud identificó al inconsciente sería equivalente a afirmar que Benjamin Franklyn inventó la electricidad. Tanto el uno como el otro descubrieron lo existente desde que el mundo es mundo y el hombre es hombre. Descubrir significa poner a la vista algo que se encontraba cubierto. El hombre ha inventado la pila, la usina eléctrica, la transformación de la energía pero no ha inventado la electricidad. Igualmente Freud inventó el psicoanálisis –como teoría antropológica, como método de investigación y como técnica psicoterapéutica - pero no ha inventado el inconsciente. Dios es el creador tanto de la electricidad como del inconsciente.

El inconsciente se encuentra presente en la literatura universal, y en la Biblia no podía faltar. El salmista lo expresa así: *¿Quién podrá discernir sus propios errores? Absuélveme de los que me son ocultos. Guarda también a tu siervo de pecados de soberbia, que no se enseñoreen de mí. Entonces seré íntegro y seré absuelto de gran transgresión. Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Señor, roca mía y redentor mío.* (Salmo 19:12-14). Asombroso es el paralelismo entre las tres leyes que Pablo presenta en Romanos 7; ley de Dios, ley de mi mente y ley del pecado con los tres principios del aparato psíquicos de Freud: el deber, la realidad y el placer. El súper-yo corresponde el principio del deber, al yo el de realidad y al ello el del placer. La lucha intrapsíquica de Pablo se asemeja a lo que Freud llama **la triple servidumbre del yo** (en el YO y el ELLO, 1923). El yo, según Freud se siente jaqueado por las exigencias morales del súper yo, los deseos concupiscentes del ello y las ofertas del mundo exterior no es fácil establecer el equilibrio y mantener la armonía entre tantas fuerzas en pugna. Es por eso que Pablo clama: *miserable de mí.* Pero después expresa: *gracias doy a Dios por Jesucristo* (Romanos 7:25). Jesucristo representa la vida (Yo soy la resurrección y la vida) y responde a la pregunta paulina: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (7:24). Sobrada razón para dar gracias a Dios por Él. Para Pablo la fe en Jesucristo hace la diferencia entre vida y muerte (Cf. Romanos 6:23); por eso el grito de desesperación se transforma en esperanza.

El hombre nuevo, el inconsciente y la caída

A través de la historia, la iglesia se ha caracterizado por dar prioridad y hasta sobre dimensionar los pecados sexuales sobre todos los demás. Si bien es difícil encontrar hoy un teólogo que afirme que el relato del pecado de Adán y Eva se refiere a las relaciones sexuales, sospecho que esa idea subyace, a nivel inconsciente, en la pastoral de buena parte de la iglesia. Supongo que también subyace en el tragicismo de los reformadores protestantes, con relación a la consecuencia de la caída. Si se llama imagen de Dios a la perfección del primer Adán, para los reformadores dicha imagen ha quedado destruida por la caída de Adán, y será restituida en el cielo, quedando en la tierra solo algunos residuos. Las iglesias ortodoxas representan una posición optimista frente al tragicismo protestante. La teología católica suele distinguir dos estratos: el natural, que quedó substancialmente intacto tras el pecado; y el sobrenatural, perdido por el pecado y restituido en la regeneración cristiana (Cf. Flich y Alszeghy, Antropología teológica, Sígueme, p. 107 ss.).

Antes de Freud se creía que la sexualidad tenía un carácter irruptivo que surgía con la pubertad. La teoría freudiana, echó por tierra esta fantasía. En sus **Tres ensayos para una teoría sexual**, (1905), se refiere a la sexualidad infantil. En el segundo ensayo presenta la disposición perversa del niño hasta entonces, considerado como inocente criatura. Esto daría pie a la concepción protestante de la degradación total del hombre. Un estudio más profundo del texto nos muestra la dialéctica freudiana. También hay fundamentación en Freud para el optimismo ortodoxo, no solo ha perversión en el niño, también hay una disposición innata que pone diques a la disposición perversa. Esto ocurre, según **Freud, en el periodo de lactancia**. Me gusta comparar la sexualidad con la metamorfosis de la mariposa, teniendo en cuenta que Freud llama a su tercer ensayo: **la**

metamorfosis de la pubertad. La larva se mueve activamente sobre la planta en que fue implantada, come todo lo que puede. Ese proceso continúa, la larva se va volviendo lenta en sus movimientos hasta que aparentemente muere al volverse un capullo, para después resucitar como mariposa. Igualmente en la sexualidad infantil hay una gran actividad que pasa por tres fases: oral, anal y la fálica. Aquí florece el complejo de Edipo. El capullo corresponde al periodo de latencia donde la sexualidad parece estar muerta para reaparecer vigorosamente en la pubertad. A continuación un párrafo del segundo ensayo:

*También sobre el mecanismo de esta sublimación puede formularse una hipótesis. Los impulsos sexuales de estos años infantiles serían aprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial del período de latencia. Pero además, **tales impulsos habrían de ser perversos** de por sí, partiendo de zonas erógenas e implicando tendencias que, dada la orientación del desarrollo del individuo, sólo podrían provocar sensaciones displacenteras. Harán, pues surgir **fuerzas psíquicas contrarias** que erigirán para la supresión de tales sensaciones displacenteras los diques psíquicos ya citados (repugnancia, pudor, moral). (Vol. I, p. 1198, el las negritas son mías).*

Creo que vale la pena reproducir otro texto de Freud, éste de **El yo y el ello**, texto de Freud, donde nos dice:

Gran parte del sentimiento de culpa tiene que ser normalmente inconsciente, porque la génesis de la conciencia moral se enlaza de manera íntima con el complejo de Edipo, que pertenece al inconsciente. Si alguien quisiera sostener la paradójica tesis de que el hombre normal no sólo es mucho más inmoral de lo que se cree, sino mucho más moral de lo que sabe, el psicoanálisis, en cuyos descubrimientos se apoya la primera mitad de la proposición, tampoco tendría que objetar a la segunda. (Vol. III p. 2723-4)

Existe una profunda correlación entre el mito de Sófocles y el de la caída bíblica. La caída se presenta inevitablemente en la singularidad histórica de cada sujeto humano. Todos pasamos por el Edipo y por la caída, por no decir que la caída es el Edipo. Además, se podría establecer una correlación entre caída – redención – regeneración y los tres tiempos de Edipo lacaniano. La caída se historiza en el síntoma histérico. En la parálisis conversiva no se encamina por miedo a caer, o por no querer dar un paso. Como dice Lacán, el inconsciente está estructurado como el lenguaje. El paralítico no puede imaginarse –en la conversión histérica – que su imposibilidad de caminar tiene algo que ver con su miedo a una caída moral o a tomar una decisión en pugna con su conciencia moral. Esta realidad nos conduce a la pastoral.

El hombre nuevo, el inconsciente, la caída de la pastoral

La dimensión inconsciente del sentimiento de culpa nos obliga a tener en cuenta que la pastoral para el hombre nuevo resulta sumamente difícil. Freud detectó un misterioso proceso que conduce hacia el castigo que denominó **reacción terapéutica negativa** y que menciona en varias de sus obras. Creo que vale la pena reproducir algunos párrafos de la obra. **El yo y el ello**:

*Hay personas que se comportan de manera extrañísima en el trabajo analítico. Si uno les da esperanzas y les muestra contento por la marcha del tratamiento, parecen insatisfechas y por regla general su estado empeora... no soportan elogio ni reconocimiento alguno, sino que reaccionan de manera trastornada frente a los progresos de la cura... empeoraran en el curso del tratamiento, en vez de mejorar. Presentan la llamada **reacción terapéutica negativa**... Se llega a la intelección de que se trata de un factor por así decir "moral", de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer... ese sentimiento de culpa de mudo para el enfermo, no le dice que es culpable, él no se siente culpable, sino enfermo.*

La pastoral se facilita cuando el sentimiento de culpa es consciente. Según Freud éste descansa *en la tensión entre el yo y el ideal del yo, es la expresión de una condena del yo por su instancia crítica.*

En el año 1909 Freud viajó a los Estados Unidos de América a dictar un ciclo de conferencias en la Universidad de Clark. En la quinta de estas conferencias se refiere a los tres destinos del material inconsciente liberado por el análisis. Me parece que estos destinos son válidos también para la pastoral del hombre nuevo que no se agota en la vida consciente. Veamos:

1. La represión es sustituida por una condenación. Más tarde llamará a este proceso "juicio de condenación". El sujeto se enfrenta con aquello reprimido que le está haciendo tanto mal y lo condena. Cuando se produce la represión, es decir, el esfuerzo por mantener encerrado en el inconsciente recuerdos displacenteros o condenatorios. El yo estaba imperfectamente organizado, era endeble. En su actual madurez el sujeto puede encarar aquellos aspectos negativos del pasado.
2. El segundo destino es la sublimación, concepto que merece un tratamiento mucho más profundo que el que podemos hacer en este trabajo. Afirma Freud, que a través de la sublimación, no se pierde la energía de los deseos infantiles, dirigiendo los impulsos hacia un fin más elevado desprovisto de todo carácter sexual. Señala, el genial creador del psicoanálisis, que los componentes de la pulsión sexual tiene la capacidad de ser sublimados. Es decir, de cambiar su fin sexual por otro de un mayor valor social. *Una represión prematura excluye la sublimación de la pulsión reprimida. Una vez levantada la represión, queda libre de nuevo el camino para efectuar la sublimación.*
3. cierta parte de los impulsos sexuales reprimidos tiene derecho a una satisfacción directa, y debe hallarla en la vida. Dice Freud: *No deberíamos engreirnos tanto como para descuidar por completo lo originariamente animal de nuestra naturaleza; ni debemos tampoco olvidar que la felicidad del individuo no puede ser borrada de entre los fines de nuestra civilización. La plasticidad de los componentes sexuales, que se manifiesta en su capacidad de sublimación, puede constituir una gran tentación de perseguir, por medio de una sublimación progresiva, efectos civilizadores cada vez más grandes.*

¿Cómo lograr el hombre nuevo sin renovación del hombre viejo?

¿Cómo conocer el inconsciente? ¿Debemos permitir que la pastoral se limite a la vida consciente? ¿Es posible lograr la conversión del inconsciente? ¿Es posible lograr la conversión de alguien en ausencia o en efigie?

Estas interrogaciones ponen de manifiesto la complejidad del ser humano y la dificultad para desarrollar una pastoral para el hombre nuevo. Sin embargo, dicha pastoral es un desafío para la iglesia de nuestro tiempo.

El Señor nos llama a cumplir un ministerio de fe, de esperanza y de amor en un mundo donde falta la fe, crece la desesperanza, aumenta la desesperación y donde el odio prevalece sobre el amor. Difícil es la tarea, pero grande es el poder de nuestro Dios. Sólo confiando en Él, con humildad para reconocer cuánto nos falta por aprender y aprehender, podremos encarar el desafío.

EL HOMBRE NUEVO Y EL NARCISISMO

Lic. Santiago Rosarno

Uno de los descubrimientos más profundos y de mayor alcance de Freud, es el concepto del narcisismo. El mismo Freud lo consideraba uno de sus hallazgos más importantes y lo empleó para comprender fenómenos diferentes.

En este trabajo me propongo seguir la orientación de Freud y examinar el narcisismo para la comprensión de las luchas que presupone el Hombre Nuevo, ubicando al narcisismo en la iglesia como ambición y ejercicio del poder, aplicándolo a las luchas internas eclesíásticas.

Desarrollaré primero el narcisismo individual, luego el de grupo junto con sus implicaciones y finalmente una lectura cristiana del mismo.

Narcisismo se puede definir etimológicamente. El término deriva de la mitología griega por referirse al episodio de Narciso, hijo de Cefiso y Liriope, quien se enamoró de su propia imagen reflejada por casualidad en un estanque de agua. Tan absorto quedó Narciso al contemplar su imagen que finalmente, cayó al estanque y murió ahogado. Freud tomó este mito para definir al estado psíquico por el cual una persona se elige a sí mismo, en lugar de elegir a otros, como objeto de amor, y lo denominó "narcisismo".

No se trata de aversión a los demás, ni egocentrismo que quiere todo para sí, sino de un enamoramiento de sí mismo con una constante búsqueda de un "espejo" donde admirar y cotejar su propia imagen.

En efecto, el egocentrismo o el egoísmo intenso implica sentir poco interés, amor o simpatía por los demás, pero no implica necesariamente la sobrevaloración de los propios procesos subjetivos. En otras palabras, el egoísta extremado no es necesariamente un narcisista.

El individuo narcisista no siempre toma toda su persona como objeto de su narcisismo. Frecuentemente enfoca su narcisismo sobre un aspecto parcial de su personalidad, por ejemplo: su inteligencia, sus habilidades, etc. Lo encontramos en formas menos agudas, y aún en las vivencias cotidianas, como en aquel pastor que le dijo a un hermano: "ya hablamos bastante de mí, hablemos ahora de Ud. ¿Qué le pareció mi sermón?" Este individuo es típico de los que están preocupados por sí mismos y prestan poca atención a los demás a menos que sea en relación con ellos mismos.

Muchas veces, aunque obren de modo servicial y bondadoso, las personas narcisistas lo hacen porque les gusta verse en ese papel, emplean su energía en admirarse a sí mismos y no en ver la realidad desde el punto de vista de la otra persona a quien ayuda.

El narcisismo está considerado como fase moral en el desarrollo del ser humano, desde la infancia hasta la adolescencia; pero a veces se convierte en situación patológica, al no ser superada esta fase en la edad adulta. En tal caso el sujeto se extravía en un mundo de puras imágenes, en las cuales su psiquismo se dispersa rápidamente y comienza a perder contacto con la realidad.

El desarrollo del narcisismo en una persona normal comienza en el seno materno donde el feto vive todavía en un estado de narcisismo absoluto. El nacimiento representa el paso de un narcisismo que se basta por completo a sí mismo, a la percepción de un mundo exterior variable y al primer descubrimiento de objetos. Pasan algunos meses antes que el niño puede percibir objetos externos como tales, como parte del "no yo".

Mediante muchos avatares que recibe el narcisismo del niño, su conocimiento cada vez mayor del mundo exterior y de sus leyes, convierte su narcisismo originario en "amor al objeto". El hombre permanece hasta cierto punto narcisista aún después de haber desarrollado su capacidad amorosa para objetos exteriores. En realidad el desarrollo del individuo, puede definirse como la evolución desde el narcisismo absoluto (el del seno materno) hasta la capacidad para el razonamiento objetivo y para el amor al objeto, capacidad que no trasciende limitaciones definidas. La persona "normal" madura es aquella cuyo narcisismo se ha reducido al mínimo socialmente aceptado, sin que

desaparezca por completo, es que en la observación diaria comprobamos que en la mayor parte de los individuos puede encontrarse un núcleo narcisista que no es accesible a ningún intento de disolución completa.

Un ejemplo particular del narcisismo que está entre la cordura y la locura puede verse en algunos hombres que alcanzaron grados extraordinarios de poder. Los faraones egipcios, los césares romanos, Nerón, Herodes, Jim Jones (el fenómeno de Guyana), el reverendo Moon, y otros. Este exagerado amor a sí mismos puede manifestar ciertos rasgos análogos, estos personajes llegaron al poder absoluto; su palabra fue el juicio definitivo acerca de todo, incluidas la vida y la muerte. Fueron semidioses sin más limitaciones que la enfermedad y la muerte. Trataron de encontrar solución al problema de la existencia humana con el intento desesperado de trascender sus limitaciones. Esto es demencia, aún cuando sea un intento de resolver el problema de la existencia fingiendo que no se es humano. Esta demencia tiende a crecer durante toda la vida de la persona y cuando se trata de ser dios más se aísla de la especie humano.

Un aspecto importante es ¿Cómo podemos reconocer o reconocernos como una persona narcisista?

He aquí algunas orientaciones. Hay un tipo que es fácilmente identificable; es el tipo de individuo que presenta todas las señales de satisfacción de sí mismo, puede advertirse que cuando dice una palabra trivial cree que está diciendo algo de suma importancia. Por lo general no escucha lo que dicen los demás ni se interesa realmente en ellos y procurará ocultar este hecho haciendo preguntas y fingiendo parecer interesado.

También se puede reconocer a la persona narcisista por su susceptibilidad a toda clase de crítica. Esta sensibilidad puede manifestarse negando la validez de toda crítica o reaccionando con enojo o abatimiento.

En muchos casos, la orientación narcisista puede ocultarse detrás de una actitud de modestia y humildad, no es raro que tome su humildad como objeto de su autoadmiraación, como ese hermano que decía: "¡Estoy orgulloso de mi humildad!

A veces la persona narcisista puede ser identificada por su expresión facial. Con frecuencia encontramos un tipo de sonrisa que da la impresión de complacencia con algo de beatífico, de confiado, de puerilidad para los demás. Frecuentemente el narcisista, especialmente en sus formas más extremas, se manifiesta en un brillo especial en los ojos que algunos toman por síntomas de semisantidad.

Muchos narcisistas hablan incesantemente, a menudo sucede, por ejemplo, en una comida donde se olvidan de comer y hacen esperar a todos los demás. La compañía y la comida son menos importantes que su narcisismo.

Otras veces se manifiesta sobre un aspecto parcial de su personalidad, puede ser en las mujeres la preocupación excesiva de su aspecto exterior. Con respecto a los hombres, son pocos los que pasan horas frente al espejo admirando su propia imagen, pero su narcisismo toma otra forma, por ejemplo el triunfo o el éxito en su labor profesional, o podríamos decir el triunfar en su labor pastoral.

El resultado más peligroso de la adhesión narcisista es la deformación del juicio racional. El objeto de adhesión narcisista es considerado valioso (bueno, hermoso, sabio, etc.) no sobre la base de un juicio de valor objetivo, sino porque soy yo o es mío. El juicio de valor narcisista es prejuicioso y tendencioso. Existe el caso del "narcisismo negativo" donde sucede lo contrario. La persona tiene a subvalorar todo lo que es suyo, y su juicio es igualmente tendencioso. Habitualmente, el individuo está convencido de que no hay deformación, y de que su juicio es objetivo y realista. Un elemento patológico cada vez más peligroso del narcisismo es la reacción emocional a la crítica de toda posición narcisistamente orientada. Tiende a sentir la crítica como un ataque hostil, ya que su narcisismo no puede imaginarse que la crítica está justificada.

Al estudiar la patología del narcisismo es importante distinguir dos formas de narcisismo: una "benigna", otra "maligna". En la forma benigna, el objeto del narcisismo es el resultado de un

esfuerzo personal. Así por ejemplo, un individuo puede sentir un orgullo narcisista por su trabajo como carpintero, pastor, líder, ministro, etc. En la medida en que el objeto de su narcisismo es algo que tiene que hacer, su interés exclusivo en lo que su trabajo y su logro está equilibrado constantemente por su interés en el proceso del trabajo mismo y en el materia con que trabaja.

En el caso del narcisismo enfermo, el objeto del narcisismo no es nada que el individuo hace o produce, sino algo que "tiene"; por ejemplo, su cuerpo, su apariencia, su salud, su capacidad, su conocimiento, etc. El carácter maligno de este tipo de narcisismo está en que carece del elemento correctivo que encontramos en la forma benigna. Si soy "grande" por alguna cualidad que "tengo", y no por algo que "realizo", no necesito relacionarme con nadie ni con nada, no necesito hacer ningún esfuerzo.

Es importante reconocer que el narcisismo desempeña una función biológica destacada, pero nos encontramos ante una cuestión, el narcisismo hace antisocial al individuo y, en realidad, demente, cuando alcanza un grado extremo. No puede dudarse que el narcisismo individual extremo es un grave obstáculo para toda vida social. Pero si es así, podría plantearse que el narcisismo está en conflicto con el principio de la supervivencia, ya que individuo únicamente puede sobrevivir si se organiza en grupos. Llegaríamos al paradójico resultado que el narcisismo es necesario para la supervivencia, y al mismo tiempo que es una amenaza para ella. Una orientación a esta paradoja se halla en dos direcciones. La primera es que sirve a la supervivencia el narcisismo "óptimo", no el "máximo"; es decir que el grado biológicamente necesario de narcisismo se reduce al grado de narcisismo que es compatible con la cooperación social.

La otra reside en el hecho de que el narcisismo individual se transforma en narcisismo de grupo, y puede ser que la religión, la nación, la raza, la iglesia, etc. sustituyan al individuo como objetos de pasión narcisista. Así se conserva la energía narcisista, pero se usa el interés de la supervivencia del grupo y no de la supervivencia del individuo.

La supervivencia de un grupo depende de cierta medida de que sus miembros consideren la importancia del mismo tan grande o mayor que la de sus vidas, y además que crean en la rectitud o aún en la superioridad de su grupo por comparación con otros. Sin esta adhesión narcisista al grupo, disminuirá sensiblemente la energía necesaria para servirlo o para hacer por él grandes sacrificios.

En el narcisismo de grupo también podemos distinguir dos formas: una benigna si el objeto del narcisismo de grupo es algo que se hace; y otra maligna si, por el contrario, el narcisismo de grupo tiene como objeto suyo el grupo tal como es, su esplendor, sus logros pasados, el aspecto de sus individuos, etc. Un ejemplo puede ser el caso de las iglesias o congregaciones cerradas, que sólo viven para sí, aunque en realidad, los dos elementos se mezclan con frecuencia.

Para quienes son pobres económica y culturalmente, el orgullo narcisista de pertenecer a un grupo es la única fuente de satisfacción, y frecuentemente muy eficaz. Generalmente no tienen más que una satisfacción: la imagen inflada de sí mismos como integrantes del grupo más admirable del mundo, y el ser superior a otro grupo señalado como inferior.

El narcisismo de grupo es menos fácil de reconocer que el narcisismo individual. Supongamos que un individuo dice a otro: "Yo (y mi familia) somos la gente más admirable del mundo; nosotros solos, somos limpios, inteligentes, buenos, decentes, todos los demás son sucios, estúpidos, no tienen honradez y son irresponsables". La mayor parte de la gente lo consideraría tosco, desequilibrado o quizás loco. Ahora, si un orador fanático habla a un auditorio de masas, sustituyendo el "Yo" o "mi familia" por el grupo religioso (o la denominación, congregación, o secta, etc.) muchos lo alabarán y admirarán por su amor a Dios. Por otra parte a los demás grupos les disgustará semejante discurso, por la razón manifiesta que se los desprecia.

Dentro del grupo favorecido es halagado el narcisismo personal de todos, y el hecho de que muchos individuos estén de acuerdo con tales afirmaciones las hace parecer razonable.

En la medida en que un grupo grande (nación, o grupo religioso) hace objeto de su orgullo narcisista al realizar algo valioso en los campos de la producción material, intelectual o artística, el proceso mismo del trabajo en estos campos tiende a disminuir la carga narcisista.

La historia de la iglesia cristiana es uno de los muchos ejemplos de la mezcla popular de narcisismo y de las fuerzas contrarrestantes dentro de un grupo grande. Los elementos que contrarrestan al narcisismo en el cristiano son: ante todo, el concepto de la universalidad del hombre y de una religión universal que no es ya la religión de una tribu o una nación particular; en segundo lugar, la idea de la humildad personal, consecuencia del concepto cristiano sobre Dios. La existencia de Dios implica que ningún hombre puede ser Dios, que ningún individuo puede ser omnisciente ni omnipotente. Señala pues, un límite definido a la auto-idolatría narcisista del hombre.

Al mismo tiempo, es llamativo que la iglesia alimentó un narcisismo intenso al mostrarse como la reunión de los santos, desarrollando así un narcisismo extremo entre sus miembros ya que pertenece a una institución tan extraordinaria. Lo mismo ocurre en relación con Dios; aunque la omnisciencia y la omnipotencia de Dios deberían haber llevado a la humildad del hombre, muchas veces el individuo se identifica con Dios y, en consecuencia desarrolla un grado extraordinario de narcisismo en ese proceso de identificación.

Otra tendencia de la iglesia es exaltar el narcisismo denominacional. Una de las consecuencias fundamentales del narcisismo es el rechazo de lo diferente, cierto desprecio hacia todo el que es, cree o piensa distinto que yo, o que mi grupo. Las denominaciones son producto del narcisismo, ya que al no tolerarse las diferencias, los que la sostienen deben apartarse y formar su propio grupo. Existen congregaciones que crecen dividiéndose, cada persona cree que su grupo está en la verdad y lucha por él en contra del otro grupo que está en el error, así surge la división. Dios puede utilizar el narcisismo, ¿pero no sería mejor crecer de otra manera?

En el país, actualmente existen miles de denominaciones, lo que representa un escándalo para el cristianismo y en especial para el cristianismo evangélico, lo que dificulta la evangelización. Cada grupo para justificarse tiene que encontrar una razón. Tiene que dar un fundamento teórico para crear una nueva denominación, lo que realmente es una racionalización, porque el fundamento básico de las divisiones es el narcisismo. Cada grupo encuentra una base teórica para justificar su narcisismo, las apoyaturas, y cada grupo cree que tiene la "sana doctrina". En Juan 17:21 cuando Jesús, frente a su muerte eleva su oración sacerdotal, o de intercesión por todos los cristianos, y dice: "...para que todos sean uno..." pone la nota de antídoto contra el narcisismo de sus seguidores. Él sabía que habrían de existir divisiones que contribuyeran a que el mensaje del evangelio fuera rechazado.

Esta misma ambigüedad entre una función narcisista o una función antinarcisista tiene lugar en todas las otras grandes religiones.

Así aparecieron formas nuevas de narcisismo de grupo: religiosas, nacionales, raciales, políticas, etc. Como consecuencia, encontramos protestantes contra católicos, franceses contra alemanes, blancos contra negros, arios contra no-arios, aunque los contenidos son diferentes psicológicamente tratamos con el mismo fenómeno narcisista el fanatismo y la destrucción que de él resultan.

La esencia de esta sobreestimación de la posición propia y del odio a todo lo que disiente es el narcisismo. "Nosotros" somos admirables; "ellos" son despreciables. "Nosotros" somos buenos, "ellos" son malos. Toda crítica a la doctrina propia es un ataque malvado e insoportable; la crítica a la posición del otro es un bien intencionado intento de ayudarlo a volver a la verdad. La importancia del fenómeno narcisista desde el punto de vista ético – espiritual cristiano se hace clara si tenemos en cuenta que la enseñanza esencial se puede resumir en una frase: "La meta del hombre es limitar su narcisismo al mínimo socialmente necesario". Este principio está expresado ya en el Antiguo Testamento cuando se dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Lo que Dios pide aquí es el que se limite al narcisismo por lo menos hasta el punto en que el vecino, el prójimo, sea tan importante como uno mismo. Pero el Antiguo Testamento va mucho más lejos cuando pide amor para el extraño: "Amareis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto". Deuteronomio 10:19.

El extranjero es precisamente el que no forma parte de mi propio grupo al cual esto narcisistamente unido. Es nada más que uno humano, pero "uno descubre al ser humano (justamente) en el extraño". En el amor al extraño se desvaneció el amor narcisista, porque significa

amar a otro ser humano en su peculiaridad y en su diferencia conmigo, y no porque se parezca a mí. Cuando el Nuevo Testamento dice: "Ama a tu enemigo", expresa la misma idea en una forma más incisiva. Si el extraño llegó a ser plenamente humano para ti y para mí, entonces ya no hay enemigo, porque tú y yo nos hemos hecho verdaderamente humanos. Sólo es posible amar al extraño y al enemigo si se ha vencido al narcisismo, si "yo" soy "tú".

La lucha contra la idolatría, que es cuestión fundamental de la enseñanza profética, es al mismo tiempo la lucha contra el narcisismo. En la idolatría, el narcisismo se hace absoluto convirtiendo en un ídolo una facultad parcial del hombre. El hombre adora una creación suya, entonces el hombre se adora a sí mismo en una forma enajenada. El ídolo en el cual se sumerge, se convierte en objeto de su pasión narcisista. En cambio, la idea de Dios es la negación del narcisismo, porque sólo Dios -no el hombre- es omnisciente y omnipotente. En el Antiguo Testamento el concepto de Dios era indefinible e indescriptible y era asimismo la negación de la idolatría y del narcisismo; pero Dios no tardó en convertirse, para muchos, también en un ídolo (creación del hombre); entonces el hombre se identificó con Dios en un modo narcisista, y así en plena contradicción con la función originaria del concepto de Dios, la religión, en algunos casos, se convierte en una manifestación narcisista de grupo.

Expresé anteriormente que el hombre alcanza su plena madurez cuando limita su narcisismo, tanto su narcisismo individual como de grupo o de la iglesia. Esta meta del desarrollo mental que se expresa así en términos psicológicos es esencialmente la misma que expresa nuestro estilo de vida cristiano. Aunque los conceptos son diferentes, el contenido y la experiencia a que se refieren son los mismos. Vivimos con un marcado desarrollo narcisista, tanto en nuestras congregaciones, iglesias, como en líderes y pastores.

Mi reflexión a este trabajo sería la siguiente: ¿Qué podemos hacer para que el hombre nuevo transite por este camino? ¿Es posible que el hombre nuevo en el futuro dé un paso que no pudo dar antes? ¿O esté el narcisismo tan hondamente arraigado en el cristiano que no pueda limitarlo? ¿Hay pues alguna esperanza que la locura narcisista no nos lleve a la destrucción del hombre antes de éste haya tenido la posibilidad de llegar a ser plenamente humano y cristiano? Para contestar a estas otras preguntas sobre el tema hemos de examinar y reflexionar sobre cuáles son las posibilidades óptimas que pueden ayudarnos y ayudar al nuevo hombre frente a la problemática del narcisismo.

EL HOMBRE NUEVO Y EL COMPLEJO DE EDIPO

1° PARTE

Lic. Graciela M. de De Los Santos

Cuando escuchamos que alguien hace referencia al complejo de Edipo, como, por ejemplo, en el título de este trabajo, en general lo pensamos como uno de los temas de la psicología, e inmediatamente lo asociamos con Sigmund Freud.

Propongo que por un momento dejemos de lado la ciencia e investiguemos si Freud "inventó" el complejo de Edipo, o si su existencia es realmente tan antigua como el hombre.

Coincidirán conmigo en que los griegos nos ha valioso legado en su mitología. Allí ha quedado plasmado el pensamiento y los sentimientos del hombre desde época inmemorial. El mito no es un invento o mentira, sino que es una tradición alegórica que tiene como base un hecho real, histórico o filosófico. Expresa una realidad que el hombre no logra comprender en su totalidad y por lo tanto no puede expresarla adecuadamente. Se pone de manifiesto, aquí, una intuición muy profunda de una verdad que la razón no puede captar todavía. En la creación mítica encontramos expresados los sentimientos del hombre que se ve sometido a las leyes del universo y a las que posee en su interior; éstos son los instintos fundamentales: el instinto de vivir, de alimentarse y el sexual.

Mircea Eliade en su libro "Mito y realidad" dice:

Los mitos relatan no sólo el origen del mundo, de los animales, de las plantas y del hombre, sino también todos los acontecimientos primordialmente a consecuencia de los cuales el hombre ha llegado a ser lo que es hoy, es decir, un ser mortal, sexuado, organizado en sociedad, obligado a trabajar para vivir, y que trabaja según ciertas reglas.¹

Por todo lo dicho anteriormente se desprende que en el mito el hombre primitivo intenta dar explicaciones a hechos y vivencias que se le presentan en su realidad cotidiana.

Entre la inmensa cantidad de historias que componen la metodología griega, una nos interesa hoy en forma particular, la del rey Edipo, y que nos relata lo siguiente:

Layo, rey de Troas, se casó con Yocasta y tiene un hijo. El oráculo le vaticina que el primogénito va a matar al padre y será el esposo de la madre. Con estos presagios Layo decreta la muerte de su hijo, quien es llevado al monte y atado a un árbol. Un campesino lo rescata, lo cría y lo llama Edipo. Cuando llega a la adultez, Edipo consulta al oráculo que le repite la sentencia vigente desde su nacimiento. Convencido de que sus padres son los campesinos, se aleja de su casa para no cumplir el vaticinio. En sus andanzas se cruz con Layo, con quien tiene una disputa y lo mata. Sigue su peregrinaje y llega a Tebas, que está dominada por un monstruo, el cual sólo será destruido si se le responde a los enigmas que propone. La ciudad, ahora sin rey, ofrece como recompensa al que derrote a la bestia, casarse con la reina Yocasta. Edipo acepta el desafío y se enfrenta al siguiente enigma: "¿qué animal anda en 4 pies por la mañana, con 2 al mediodía y con 3 al declinar el día?" Contesta inmediatamente que es el hombre, porque cuando nace anda con los pies y las manos, al crecer anda en 2 pies, y en la vejez se ayuda con un bastón. La bestia es vencida y la ciudad liberada, de este modo Edipo es proclamado rey y se casa con Yocasta.

Los dioses, ofendidos por el matrimonio incestuoso, envían calamidades sobre la ciudad de Tebas. El rey Edipo consulta el oráculo, que le hace saber que se ha cumplido su primer vaticinio. Yocasta se suicida, Edipo se quita los ojos y es destronado.

Cuando Freud ve esta historia representada sobre un escenario reconoce en ella los mismos elementos que traen sus pacientes en sus fantasías infantiles. De allí que, a la realidad que observa

¹ Eliade, Mircea. **Mito y realidad**. Guardarama

en la prehistoria de cada individuo, que desea casarse con el padre del sexo opuesto, a la vez que quería destruir al del propio sexo, lo llama "complejo de Edipo".

Pero no sólo los griegos se enfrentaron con deseos incestuosos. En la Biblia también tenemos ejemplos de esto. En Génesis 19:30-38 leemos como las hijas de Lot se acuestan y tienen relaciones sexuales con su padre. En Levítico 18:7 aparece la prohibición de "destruir la desnudez" del padre o de la madre.

Como vemos, la psicología, a través del complejo de Edipo, no hace sino explicar una realidad que ha estado presente en el ser humano desde siempre. Este proceso es, generalmente, inconsciente. Los que aparecen en la vida diaria son sus efectos.

Bibliografía:

Eliade, Mircea. **Mito y realidad**. Guadarrama

Gusdori, Georges. **Mito y metafísica**. Nova

Fernández de León, Gonzalo. **Mitología y leyenda (T.3)**. Col. Iris

McKenzie. **Mito y realidad en el Antiguo Testamento**. Cuadernos y Ensayos Marova.

EL HOMBRE NUEVO Y EL COMPLEJO DE EDIPO

2° PARTE

Lic. Elisa Franz de Owen

En esta segunda parte del tema vamos a ver más detenidamente cómo se manifiesta en el seno del grupo familiar esto que a Freud se le ocurrió llamar "Complejo de Edipo". Este complejo, conjunto de sentimientos que se despliegan entre el infante y sus progenitores, va a ser el "lugar" en el cual el ser humano va a llegar a constituirse como sujeto. O sea, que habiendo atravesado por él, el ser humano podrá llegar a ser una persona madura, con una identidad sexual definida, capaz de amar y producir, ocupando un rol activo en su sociedad.

Cuando el ser humano nace, llega al mundo en un estado de total indefensión. Hasta podríamos decir que sólo es un montoncito de carne, no tiene absolutamente ninguna posibilidad de sobrevivir por sí mismo. Puede estar rodeado de los elementos que podrían abastecerlo, pero no tiene la capacidad de ir hasta ellos. A diferencia del cachorro de perro, por ejemplo, que desde el nacimiento es capaz de orientarse y dirigirse hacia su alimento, el cachorro de hombre no puede hacerlo; y no necesariamente porque las madres de nuestra especie tengan el pecho cubierto y no se pasen la vida en el piso de las casas, disponibles, esperando que sus cachorros gateen, hasta su seno. En realidad, la principal limitación está del lado del cachorro: es él quien no podría desplazarse hasta su pecho, por más disponible que éste estuviera. El cachorro de hombre, ante cualquier estímulo que recibe, sólo atina a producir una descarga motora: grita, berrea, patalea, cuando tiene hambre, cuando tiene frío, cuando le duele algo.

Esto implica, necesariamente, decir que el bebé sólo, no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir. Pero hay alguien que es testigo de esta indefensión y está dispuesta a acudir presurosa a satisfacer sus necesidades: la madre, quien, corre en socorro de su hijo. Es así como tantas veces escuchamos a la mamá diciendo: "el bebé llora porque tiene frío", y lo abriga. La madre va interpretando y decodificando el llanto de su hijo. ¿Cómo es posible que ella lo sepa? Es posible

justamente porque la madre y el hijo, en esta primera etapa, entran en una relación muy particular, en la cual ella vive al hijo como una parte de sí, y el infante vive a la madre del mismo modo. El hijo y la madre son una sola cosa. Este es el momento en el que por lo general los papás se sienten perdidos, se viven a sí mismos fuera de ese vínculo, como simples espectadores; mientras madre e hijo están como "sintonizados" el uno con el otro, y el resto del mundo pasa a un segundo plano.

En este primer momento de la constitución del sujeto, la madre tiene la ilusión de que era el hijo aquello que le faltaba, y a partir de tenerlo se siente completa, plena. El niño, por su lado, cree que por él la madre es feliz, que es él quien la completa. Ambos están "atrapados" en una ilusión de omnipotencia, de completud, de poder. Pero los integrantes de este vínculo no se encuentran en igualdad de condiciones, ya que es la madre la única que puede propiciarlo, y es ella quien pre-existe al hijo, al hacerlo, ya mucho antes de nacer ese hijo tiene un lugar que le es asignado por el deseo de la madre. Todos antes de nacer, tenemos un lugar que nos espera, que nos es destinado dentro de una estructura familiar.

Este momento de "ilusión" de omnipotencia, es necesario y fundamental para la constitución del "yo" de la persona. Es a partir de este vínculo con su madre que el ser humano va a tener la posibilidad o no, de **ser**. Y es aquí también, en el seno de esta relación, donde el ser humano va a gestar su **confianza básica** o desconfianza, en sí mismo y en el otro.

Ese vínculo cerrado madre – hijo es primordial, pero no puede sostenerse para siempre. Es también esencial que advenga un segundo momento en el cual esa unidad madre – hijo se vaya disolviendo para que el hijo tenga la posibilidad de ser un individuo diferente a su madre, separado de ella. Para que no quede "atrapado" en esa relación indiferenciada es necesario que intervenga el padre, realizando un corte, imponiendo la "ley". Estableciendo "prohibiciones" en un doble sentido. A la madre le dirá: "*No reintegrarás tu producto*", o sea, no te adueñarás de tu hijo, no te quedarás con él como si siempre lo tuvieras en tu panza. Y al hijo le dirá: "*No te acostarás con tu madre*", o sea, "*con mamá me acuesto yo, ella no será para vos*". Por cierto, estos procesos se dan a nivel inconsciente. Solamente los psicóticos, personas mentalmente enfermas, pueden decir esto de una manera concreta, en la vida cotidiana aparece de una manera disfrazada, sólo podemos ver sus efectos. Por ejemplo, seguramente habrán escuchado decir a los varoncitos: "*yo me voy a casar con mi mamá*" y a las nenas: "*yo me voy a casar con mi papá*", o las rivalidades que se pueden ver tantas veces con el progenitor del mismo sexo, en relación al sexo opuesto.

En este segundo tiempo, -que no es un tiempo cronológico, sino un tiempo lógico- del Complejo de Edipo, el padre pasa a ocupar para el infante el lugar del poder. Él es el que impone la ley, el que aparece como completo, como el que lo posee todo.

La primacía que recaía sobre la madre, recae ahora sobre el padre. El interés del niño gira hacia el padre, descubriendo al progenitor del otro sexo. Es la época en la que el chico espera a su padre, lo desea, le tiende los brazos, juega con él.

Pero así como la madre debe ceder ese lugar de omnipotencia a fin de posibilitar al hijo la salida de ese vínculo para ser diferente a ella, el padre también, en un **tercer tiempo**, debe ceder ese lugar, porque si él queda fijado en esa posición, podrá producir en el hijo fascinación, temo u odio, pero no le permitirá crecer.

En este tercer momento el hijo ve al padre como alguien que también está sujeto a la Ley, una ley exterior a la cual el padre, la madre y aún el mismo, deben someterse. O sea que, en este tercer tiempo del Edipo, la ley y el poder quedan instalados más allá de todo personaje, donde nadie se adueña de nadie y todos son iguales frente a ellos. Este "*más allá de todos*" puede ser la sociedad, la cultura, la religión, no importa qué, pero es un lugar en el cual se depositan la ley y el poder que gobierna a todos. Hay consecuencias fundamentales y definitivas en esta última etapa del Complejo de Edipo. Ellas son:

- La aceptación de la ley: el padre prohíbe al hijo la relación sexual con su madre pero le posibilita, gracias a su prohibición, la salida de ese vínculo cerrado, y la oportunidad de acceder a la relación

con otra mujer que no sea su madre. La ley por antonomasia es la ley del incesto. Queda así estructurado el aparato psíquico, con la conciencia moral (Superyo) incorporada.

- La identidad sexual: mientras que el padre aparecía como prohibidor y terrible en el segundo tiempo, en el tercero, realizado el corte, aparece como **permisivo** y **dominador**. La ley será: *"No te acostarás con tu madre pero sí con cualquier otra mujer"*. El padre aparece así como aquel que otorga el derecho a la sexualidad y, como consecuencia, se produce la asunción de la identidad de ser sexuado. El varón identificándose con el padre, la niña identificándose con la madre.

Como conclusión podemos decir que cuando un bebé nace, todo en su historia está por escribirse. Trae consigo un bagaje congénito que va a interactuar de una manera intensa con su medio, que en un primer momento es la madre, luego el padre, quienes también vienen con sus propias historias construidas. Y es en este "lugar", ese **triángulo** madre-padre-hijo, donde el ser humano va a llegar a adquirir su carácter de **ser**, con una identidad sexual (varón/mujer), y es el Complejo de Edipo constituido adecuadamente el que permitirá que el hijo salga preparado para **ingresar a la sociedad** y funcionar en ella de manera adulta.

EL HOMBRE NUEVO Y EL COMPLEJO DE EDIPO

3° PARTE

Lic. Josefa R. de Robert

Este conjunto de intensas emociones descriptas en la ponencia anterior que un niño vive con sus padres, va dejando huellas profundas que determinarán su carácter y conducta futura. Todos nosotros llegamos a adultos llevando las marcas que se imprimieron en nuestra temprana relación con nuestros padres y hermanos. Podemos encontrar en la Biblia palabras como *"cual la madre, tal la hija"* (2 Reyes 13:1; 14:1 y 15:1-2; *Joás comenzó a reinar... el nombre de su madre fue Joadan... Amasías hizo lo mismo que su padre Joás...*). Estos textos aluden a una relación padre-hijo que explicaría el comportamiento de las personas.

La salida del circuito edípico se logra mediante la identificación con el progenitor del mismo sexo y por la inhibición de la agresividad y sexualidad infantil. Esto se produce alrededor de los cinco o seis años y coincide con la entrada en el período escolar (latencia).

Algunas de las consecuencias del complejo de Edipo serán: los modelos de identificación masculino o femenino, el tipo de mujer u hombre que tenderemos a ser según vimos a nuestros padres, las maneras de amar a nuestros semejantes, según fuimos amados y pudimos amar; la conciencia moral o súper yo con sus prohibiciones y sistemas de ideales, normas y valores según nuestros padres nos enseñaban, mandaban o exigían.

Nuestro yo se ha ido modelando a través de múltiples identificaciones. Se formará así una imagen de sí mismo que estará dada por un conjunto de enunciados que sobre él profirieron los padres, primeros objetos significativos. *"¿Quién soy? ¿Qué debo llegar a ser? ¿Será varón? ¿Será doctor? ¿Será maestro?"*

Cuando nos convertimos nos encontramos con Cristo, con su Palabra. Aparece otro padre y otro conjunto de dichos respecto a nosotros mismos. El hombre nuevo debe responder a estos interrogantes en su propio nombre y mediante la construcción de un nuevo ideal. El yo toma por su cuenta algunos aspectos que quiere conservar y abandona otros en pos de una imagen en sí, proyecto a lograr. *"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es"*. El que soy y el que debo llegar a ser, ya no es responsabilidad de los padres, sino del deseo propio de cada uno, enfrentando las demandas de Cristo.

La identificación es la manifestación más temprana de un enlace afectivo con otra persona. El niño manifiesta un especial interés por su padre y quisiera ser como él. Pablo hablaba de este deseo de identificación con Cristo al expresar: "*Sed imitadores de mí, como yo de Cristo*". Y Jesús nos llama a identificarnos con él al decirnos: "*Venid y aprended de mí*".

Son invitaciones a rever nuestras identificaciones e ideales infantiles edípicos y cambiarlos por otros más amplios y auténticamente nuestros por decisión y elección.

Desear tener aquellos rasgos de nuestro Padre: "*Sed perfectos como vuestro Padre*" es diferente a seguir diciendo: "Yo tengo la religión de mis padres". Puede producir mucha culpa dejar de ser aquello que nos mandaron, pero si no nos animamos a vencer esa culpa edípica, se puede dificultar el ser hombres nuevos o una nueva creación. Tal vez con eso tenga que ver, en sentido último, que es necesario amar más a Cristo que a nuestro padre o madre, amarlo más en tanto nos identifiquemos con Él, sobre todo en aquellos rasgos en que pensamos diferente que nuestros padres. Ser un hombre nuevo puede significar un duelo por no ser aquello que otros deseaban para nosotros y que no podremos cumplir. Vemos el caso del joven que quería seguir a Jesús, pero al mismo tiempo sentía que debía permanecer al lado de su padre hasta enterrarlo. Los ideales vocacionales edípicos pueden ser alterados por la nueva vida en Cristo y eso es a veces una crisis que habrá que enfrentar.

La identificación aspira a conformar el propio yo, igual al otro tomado como modelo.

Por otro lado esta identificación, es a la vez la base afectiva que nos une a todos aquellos hermanos que participan de esta misma coincidencia al elegir un mismo líder y un mismo camino. El enlace recíproco de los individuos de una comunidad cristiana se apoya en este aspecto de identificación.

Otra huella del complejo de Edipo deviene de la manera en que se formó nuestra conciencia moral. El súper yo se define como el heredero del complejo de Edipo y es la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales; pero luego, progresivamente, recibe también influencias de otras figuras significativas, haciéndose cada vez más impersonal, hasta que el súper yo es un imperativo cultural. Es coherente con la noción y registro de la ley, no sólo de los padres sino del grupo social al que la persona pertenece. No es ya el padre, sino los valores e ideales a los que el padre mismo está sometido. Hay una ética convencional que trasciende a todos los protagonistas del drama edípico y los determina.

El hombre nuevo encuentra otro mandato en Romanos 12:2 que dice: "*Transformaos por la renovación de vuestra mente*". Esta renovación de se refiere a nuestra mente en sus instancias (yo y súper yo) incluidos los valores, proyectos e ideales. En esta nueva creación, la vida se gana al perderla, los primeros serán postreros, la carrera no es de los fuertes sino de los fieles, etc. Hay una categorización de valores desde una mirada cristiana: diferente concepto de éxito, distinta apreciación del dinero, etc. El ideal de yo es un conjunto de insignias y las insignias del cristianismo suelen ser diferentes a las del sistema social imperante. Por eso el hombre nuevo se "vestirá", adoptará aquellos emblemas que la nueva humanidad e Cristo nos lleva a gustar, sobre todo la ley del amor, en vez del egoísmo; ser pacificadores, amar al enemigo, etc.

A veces esta renovación de la mente y por lo tanto del súper yo, significará un viraje desde un súper yo rígido, severo, implacable hacia un súper yo más permisivo y tolerante, suavizado por la internalización de un Padre perdonador que por gracia nos redime, que se acuerda que somos polvo, que nos ama tal cual somos. El súper yo, que no es de origen divino se flexibiliza al contacto con el Dios de la gracia y del perdón. Es importante esta modificación del súper yo, pues muchas veces esta instancia psíquica condenatoria y censora no es fácil de subyugar. En la epístola a los Gálatas se nos exhorta a mantenernos firmes en la libertad de Cristo y a no someternos al yugo de esclavitud. Una de las servidumbres más severas, es la que puede ejercer un súper yo sádico.

En otras ocasiones puede suceder lo contrario; que traigamos como herencia edípica una fallida conciencia moral, falta de límites, y un súper yo muy laxo. La experiencia de conversión puede sobreponerse a la huella edípica y restaurar la falla de la función paterna modificando la organización

del aparato psíquico, instalando la represión, la ley, los límites, proveyendo un conjunto de ideales y favoreciendo el pasaje de esa persona al mundo de la ley, dejando la marginalidad para incorporarse a la sociedad. Por ejemplo: drogadictos o alcohólicos, que permanecieron en una actitud pasiva oral dependiente, podrían crecer bajo el influjo de la comunidad cristiana. La ley de Dios y el sostén grupal pueden encauzar y ayudar a controlar estos instintos que no fueron afectados. Por ejemplo: Zaqueo adquiere un modelo de vida diferente con nuevos valores, los que expresa al decir: si en algo he defraudado... ahora devuelvo.

Así, el hombre nuevo en relación al complejo de Edipo, significará una confrontación entre lo humano y lo divino, lo traído por herencia familiar y social y la nueva naturaleza que es por Cristo; los valores del hombre viejo en confrontación con los que propone el nuevo hombre.

El complejo de Edipo constituye un aspecto de nuestro desarrollo por el que todos debemos pasar para adquirir las características sexuales y sociales de la especie humana. La nueva humanidad en Cristo es aquella posibilidad de crecer y modificar nuestra experiencia de vida hasta ser semejantes a Él, el hombre nuevo por excelencia.

Otra huella o marca que nos queda como resultado de nuestro pasaje por el complejo de Edipo, **es el modo de relacionarnos con nuestros semejantes**, el tipo de vínculo que establecemos, el modo de amar, nuestras capacidades sociales y sexuales.

Sobre la imagen de la madre y del padre se organizan nuestros modelos iniciales que después desplazaremos a la comunidad en la que vivimos, incluso la iglesia. Sin una buena experiencia en la familia es difícil un buen funcionamiento ulterior.

Podemos haber aprendido a querer de manera de manera dependiente, o de modo dominante o tal vez nos relacionamos fundamentalmente con amor maduro que incluye compartir y colaborar.

Podemos sentir también agresión, rencor, odio. Todo afecto constituye una mezcla de las dos clases de instintos fundamentales: amor (eros) por una parte, agresión y odio por otra; en proporciones variables, fusionadas o separadas.

Estos afectos además sufren desplazamientos, es decir, son transferidos. La transferencia es un fenómeno común, cotidiano. (Por ejemplo, nos conocemos y sentimos empatía o rechazo automático, sin razón alguna). Trasladamos sentimientos que tuvimos en el pasado, al presente, desplazando de nuestros padres a diferentes personas. Esas transferencias las hacemos sin darnos cuenta y suceden muchas veces con figuras que, como los pastores, por ejemplo, están en lugares que otorgan autoridad y semejan "padres", por eso puede ser que un miembro de la iglesia los ame mucho, sin motivo, sólo por transferencia.

El pastor es blanco de muchos sentimientos transferenciales: amor, celos, odio. También la señora del pastor es depositaria de transferencias generalmente negativas. Y también entre miembros de la iglesia se suelen repetir afectos transferenciales de rivalidad o también de ayuda mutua, que se vivieron en el hogar en relación a hermanos.

Todos estos son sentimientos de raíz inconsciente, que se repiten por transferencia. En Colosenses 3 leemos que el nuevo hombre se relaciona con vínculo de amor que es el vínculo perfecto o maduro.

A veces es un proceso largo superar la tendencia a relacionarnos en forma infantil, cargada de transferencias. Pero podemos aspirar a superarlo, en la medida que conviviendo en la nueva familia que tenemos en Cristo, en la comunidad cristiana, procuremos observar nuestras reacciones emocionales hacia nuestros hermanos, analizarlas, reconocerlas. Como comunidad terapéutica sanadora podríamos ayudarnos a vivir una vida plena.

EL HOMBRE NUEVO Y LA ESPIRITUALIDAD

Dr. Daniel Tinao

¿Qué entendemos por espiritualidad? ¿Qué significa ser espiritual? En nuestras iglesias, éste es un vocabulario común; sin embargo creo que más de una vez, en el fondo, no sabemos qué queremos decir. No conocemos el contenido que damos a la palabra **espiritual** o **espiritualidad**.

Tradicionalmente se ha reconocido que el espíritu o lo espiritual es aquello que está relacionado con la imagen de Dios en nosotros y la multiplicidad de formas a través de las cuales esa imagen se expresa.

Para comprender a la persona humana se ha hecho a veces, una tripartición: el cuerpo, llamado soma, que más fácil de reconocer y estudiar porque tiene consistencia material; la mente, o psique, capacidad de pensar, de tener afectos, tomar decisiones, etc.; y el espíritu, lo que relaciona al hombre con lo trascendental; sería eso indefinido que algunos autores llaman: Dios en nosotros, el pneuma, el viento o el soplo de vida.

Esta forma simplista de resolver el problema dio lugar a una asignación también simplista: el soma para el médico, la psique para el psicólogo y el pneuma para el pastor, el sacerdote o el hombre religioso. Influencias del calvinismo. El mundo de dos pisos: las cosas de la tierra, de esta realidad temporal las atienden ciertas personas; y las de ultratumba, las que tienen que ver con el área de Dios, la trascendencia, el más allá y la salvación del alma, se atienden por otro camino.

No hemos advertido, sin embargo, que permanentemente se cruzan líneas y la necesidad de mantener un diálogo permanente y fluido está presente. Solamente el trabajo interdisciplinario podemos completar la panorámica.

Así hemos asistido a dos tipos de desviaciones. La primera, el **parcelamiento estanco**. Aquellos que han sacralizado su área y desde ésta, en una forma omnipotente han tratado de resolver todos los problemas y han interpretado toda la realidad. Todavía se da esta paranoia en la medicina. Todo lo psíquico, todo lo espiritual, es un epifenómeno de lo físico. Lo único que hay son procesos físico-químicos. De lo que se trata es de una sustancia que va aumentando en complejidad y no hay tal cosa como una instancia diferente que podamos llamar el alma, la psiquis, el yo, la conciencia o el espíritu.

Se sabe que desde el cientificismo se ataca tanto a la religión, como a la psicología freudiana. Muchos desde el cientificismo dicen que, finalmente, Freud es un dualista. El habla de instancias que no están en ninguna parte y que no sabe cómo definir. Aquello de lo inconsciente, de los complejos, del Ello y del Superyo, son sólo instancias dialécticas para algunos, pero no son realidades consistentes, como no lo son tampoco para el materialista, el alma o el mundo de Dios.

Ahora, hay otro tipo de sacralización y es aquella que quiere **absorber las tres áreas**. Tenemos entonces la omnipotencia del médico, que intenta atender todo o la del psicólogo que quiere contestar las preguntas espirituales. Los profesionales tenemos esta pretensión, si no tenemos respuestas, las inventamos. Los pastores, proceden de igual forma, cuando no tienen respuestas, inventan una. De todos modos: ¿Quién va a poder responder...? Porque no hay bisección, no hay microscopio, no hay allí un elemento para constatar la realidad de lo que uno dice. Por eso se hacen a veces, grandes construcciones teóricas. Freud hizo un gran aporte, desde luego se excedió cuando se puso en su omnipotencia a hablar de la religión y a interpretar todas las áreas de la realidad y a fantasear acerca de lo que tenía que ver con instancias que él no podía comprender. Hoy pasa esto con algunos religiosos, que desde su ámbito, se adjudican poder en las tres áreas. Así aparecen pastores omnipotentes que además de pretender tratar las cosas del pneuma, también curan la mente y el cuerpo.

Desde su omnipotencia se expanden a otras áreas que no son de su competencia. Aquí tenemos que lo espiritual o la espiritualidad, por el hecho mismo de ser un tanto inasible o indefinido, se hace proclive a esta serie de equívocos.

Estos diferentes enfoques de la espiritualidad han existido siempre. Hay una gran cantidad de obras que estudian cómo se ha entendido ser espiritual a través de la historia, cómo se ha creído servir a Dios o cómo interpretar cuál es Su voluntad. Muchas han dicho: esto es lo que pide Dios, es lo que Dios quiere, esto es la voluntad de Dios, esto es ser espiritual.

Menciono un ejemplo nada más. Dos autores tienen un libro interesante que se llama: "*Los torneos de Dios*" de Barret y Gurlaud, quienes han descripto qué significó servir a Dios, o ser espiritual a través de la historia. Ellos van poniendo sucesivas connotaciones.

Por ejemplo, en una época, servir a Dios, se espiritual, era **enrolarse en una cruzada para recuperar los lugares santos**. Entonces, uno se ponía en hábito especial, hacía un juramento especial, llevaba una cruz y el súmmum de la consagración y de la espiritualidad era participar de una cruzada.

En otro momento, ser espiritual significaba **edificar una catedral**. A Dios había que levantarle una catedral. El pueblo se moría de hambre, la estructura social era opresiva e insoportable, pero al conjuro de esta comprensión de la espiritualidad, se levantaron todas las grandes catedrales de Europa. Algunas son joyas del arte, en lo más encalado del pueblo o de la ciudad, o allí, en la montaña, encontramos una catedral sofisticada. A veces, muchos años de trabajo, mucho desperdicio, mucho lujo insolente. Si se hubiese dicho: lo que queremos es ofrecer a la humanidad una obra de arte, hubiera sido mejor, pero el argumento detrás era: a Dios hay que levantarle una catedral. Los pueblos de Europa compitieron por siglos para ver cuál era el que levantaba la más suntuosa. Hay que recorrer algunos pueblos y ciudades europeas para ver esas grandes catedrales; uno, por un lado, queda anonadado y maravillado, y por el otro, cae en la perplejidad y levanta la pregunta: ¿esto es lo que pidió Dios en la época en que se levantó esta catedral? ¿Esto era servicio para Dios? ¿Esta era una expresión de la espiritualidad?

En otro tiempo más violento, servir a Dios y ser espiritual era **mantener el purismo de la doctrina**. Se salía a la caza de herejes y allí estaban los inquisidores y los censores. Se cuidaba la pureza de la doctrina y de la fe; quemaban en la hoguera a aquellos que iban a contaminar la fe. Se decía: ¡Qué espirituales son los que hacen estas cosas!

En otro momento, dicen estos autores, ser espiritual y servir a Dios, era **crear una moral puritana**. La moral del objetivismo sigue al conjuro de este deseo. Entonces se hacen el catálogo de las cosas prohibidas y las permitidas. Ser espiritual es someterse con rigidez a esta disciplina.

Hoy pasa algo parecido. Porque el concepto de espiritualidad y qué es lo más espiritual va cambiando. No está todavía estratificado. Nosotros vamos asistiendo en diferentes momentos a **diferentes comprensiones de lo que sería espiritualidad**. Muchas veces en nuestras iglesias encontramos personas que dicen: "¡Qué espiritual es este chico!" Es un bobo, un tonto, pero como es un apocado, un afeminado, se asegura: ¡Qué espiritual es! O la mamá le dice a la hija: "¡Mira, ese muchacho te conviene porque es muy espiritual...!" El no mira a las chicas, él no hace nada, sólo se lo ve ir de la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa. Un concepto así de espiritual que a veces no es el correcto. En algunas ocasiones, se mide la espiritualidad por **el tiempo que uno lee la Biblia o el tiempo que uno pasa en oración**. En algunas congregaciones se pone como ejemplo a la persona: "Fíjense en la hermana Fulana de Tal, que lee la Biblia dos horas cada mañana, se levanta a las cinco, se acuesta tarde y ora mucho..." Recuerdo que hace un tiempo asistí a una señora con un delirio místico, que durante dos o tres años había sido puesta como ejemplo de espiritualidad delante de la congregación. Espiritualidad se medía con estas cosas. El pastor decía: "miren a la hermana, como lee la Biblia. Yo he ido a su casa y la he visto que se duerme sobre la Biblia. ¡Qué espiritual! Y ¡Ora! Esta señora primero leía la Biblia dos horas, después tres, después cuatro, después seis... Cuando... comenzó a dormir con la Biblia abrazada, en lugar de hacerlo al esposo. Este se alarmó y le dijo al pastor: "mire, me parece que la espiritualidad de mi esposa ya es excesiva, ya no me abraza más a mí, abraza la Biblia y no me hace la comida. Se pasa todo el día leyendo la Biblia y orando. Está

abandonando el cuidado de la casa". Claro, se había estimulado tanto, haciendo una presentación de este modelo de espiritualidad delante de la congregación. A veces, podemos hacer nosotros la estimulación de una falsa espiritualidad. Si medimos a ésta por el número de amenes, o aleluyas, o el gesto de una persona; si medimos la espiritualidad por las horas que se dedican al estudio de la Biblia o a la oración, desde luego que estamos cometiendo un error.

En otras ocasiones, se mide espiritualidad por la **intransigencia**; es decir, que el más rígido y duro es el más espiritual dentro de ciertas iglesias. Oímos: "¡Qué espiritual que es ese pastor, no admite nada! Él está contra todo, no admite el divorcio, ni el baile, ni el alcohol, no admite ninguna cosa... ¡que espiritual que es!" Es intransigente como los fariseos del tiempo de Jesús, quienes tampoco admitían nada y que cuando Jesús lo hizo, quedaron perplejos. Eso pasa con nosotros, los pastores, llegamos a tener el torneo para quien es el más espiritual. La cosa es más o menos así: "- Vos ¿esto lo consentís? -¡No! -Yo doy leña con esto... y esto, porque quiero guardar la pureza". Nos ponemos a orar y a ahí comienzan los "amén", "aleluya", "gloria a Dios", ya que si el otro dijo: "Amén", yo debo decirlo dos veces. Porque... ¡Quién quiere ser menos espiritual! A veces confundimos los términos y entendemos espiritualidad por esas expresiones exteriores.

Hay aún otro aspecto, la espiritualidad medida en términos de la **subjetividad de la experiencia**. Se trata aquí del que ve a Dios, el que habla y escucha a Dios; el que habla en lenguas, el que tiene una experiencia subjetiva. Se sabe que esto comenzó en el siglo pasado estimulado por la teología subjetiva de Scheleimacher, un teólogo que midió la plenitud espiritual de la gente por las formas exteriores.

Allí, uno casi tenía la obligación, siguiendo el vocabulario, de decir: "Yo vi a Dios. ¡Qué lindo que era! A mí Dios me habló y me dijo tal o cual cosa". Aparecieron toda suerte de experiencias subjetivas. Este era el marco referencial a fin del siglo pasado, cuando comenzó a gestar su pensamiento S. Freud. Había mucha patología religiosa. Este es el clima en 1899 cuando Starbuk escribe el primer libro de psicología pastoral, el primer intento de interpretar toda esa fenomenología subjetiva en los creyentes o en los religiosos. En 1900 aparece el famoso libro de William James "Las variedades del a experiencia religiosa", donde él trata de estudiar un poco cuánto hay de verdadero, de locura, de subjetivismo o de alguna otra cosa. El tiene un estudio brillante acerca del misticismo y de lo que podrían ser experiencias espirituales normales o espurias o anormales, porque no hay nada en la experiencia misma que permita diferenciar las dos. La experiencia espiritual es siempre una experiencia psicológica. De manera que la alucinación es alucinación y punto. Ahora, cuando se da en el marco de una personalidad armónica y bien estructurada, y donde nosotros advertimos realmente salud mental; decimos: "Bueno, esto presumiblemente es una experiencia normal". Cuando esa experiencia se da en una personalidad desestructurada y alocada, ése es un síntoma más, entre otros que está denunciando patología. Donde me he encontrado con más gente que habla con Dios y tiene comunicación con Él es en el manicomio. En la Sala Melchor Romero, donde trabajé por 5 años, todas las mañanas tenía el relato de personas que habían hablado con Dios y a las cuales Dios les había aparecido y les había dicho cosas.

Habían tenido una alucinación durante la noche, no era una verdadera experiencia espiritual. Todavía en las iglesias se sigue haciendo uso y abuso: "Dios me habló y me dijo tal cosa". Y bueno, "si Dios te habló, está bien, ¡que te voy a discutir! A veces eso es lo que algunos le dicen al pastor. Él entonces responde: Si Dios te dijo..." A menudo pasa con los muchachos, cuando ellos quieren salir con alguien. Me dicen: "¿sabe doctor? Tuve una revelación, Dios me señaló que tenía que ponerme de novio con esa chica". ¡Cómo lo voy a discutir si Dios se la señaló con el dedo! A los tres o cuatro meses me traen otra y pregunto: "¿Qué pasó con aquella?" Responden: "-No, pero... pero ahora sí..." Cuidado con usar a Dios como un destinatario de la transferencia de nuestros propios deseos. Cuidado con decir livianamente esto es de Dios, Él me habló, Dios me dijo, esto es una revelación... A veces hacemos abuso de estas expresiones y podemos caer en un subjetivismo que es peligroso. No podemos entender la Teología de la Palabra que levanta Barth sino en el marco referencial de este contexto subjetivista. Cuando Barth dice: "al diablo con todas estas experiencias, lo objetivo es la Palabra que tiene que medir todo"; tal vez está exagerando un poco, peor de cualquier manera intentó frenar esa corriente que era bastante peligrosa.

Otro concepto de espiritualidad, entendida en términos de **compromiso con el aparato eclesial** o en términos de activismo. ¡Qué espiritual es este hermano; viene a todas las reuniones y está en todas las comisiones...!

Cuando hay que hacer algo él es quien está en primer lugar... ¡Qué espiritual es! Claro, a veces no puede ser buen esposo o buen padre; desde luego que no va a poder ser un buen estudiante, pero... se entiende espiritualidad como una disección de la realidad y como un pasarse el tiempo en la iglesia. Así vemos la espiritualidad de algunas iglesias que tienen reuniones todas las noches, y que requieren a su gente que asistan a las 6 de la tarde y que se queden hasta las 12 de la noche. Bueno, dicen... estudiar es superfluo y atender a la familia también puede serlo. Hay que mantener el activismo dentro del aparato eclesial. También el pastor inconscientemente dice: "está faltando mucho, no viene a todas las reuniones, no está comprometido en el aparato eclesial... ¡no debe ser tan espiritual! Puede ser que tenga mejor balance o que sea más sano que yo, pero no está en el activismo.

Otra manera de medir la espiritualidad es en términos de la **liturgia exterior del culto**. Aquí tenemos otro problema que enfrentamos actualmente. La liturgia más espiritual entre comillas, no está levantada por los hombres más espirituales necesariamente. Tuve esta experiencia viviendo más de 2 años en los EE.UU. Una de las cosas que más me chocó al llegar allí, fue la frialdad de las iglesias americanas; muy ritual, muy fría, ni un "amén", ni un "aleluya", ni un "gloria a Dios". Los himnos se cantaban tranquilamente. Cuando yo quería un poco de movimiento me iba a una iglesia de negros. Allí todo era jolgorio. Parados, danzando, palmeando, moviéndose, hacían una ronda en el pasillo, levantaban las manos, expresando, ¡Gloria a Dios! ¡Aleluya! El que mide la espiritualidad de la liturgia dice: "esto es el sùmmum de la espiritualidad". Pero luego, en la vida cotidiana, esos negros no eran coherentes con su estilo de vida. Es peligroso cuando queremos medir la espiritualidad en esta forma y podemos cometer algunos errores, porque no siempre la expresividad exterior se corresponde con la intensidad de la comunión con Dios. No es obligatorio que haya un paralelismo. No digo que no haya que reconocer ciertas experiencias exteriores. Digo que podemos copiar y aprender formas que no coinciden con la situación interior.

Quisiera hablar ahora de lo positivo, lo que sí entendemos por la espiritualidad del hombre nuevo. Para eso es interesante leer en 1° Corintios 3:1-4: *"De manera que yo hermanos, no pude hablarlos como a espirituales sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os dí a beber leche, y no vianda; porque aún no eraís capaces, ni soís capaces todavía. Porque aún soís carnales; habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no soís carnales y andáis como hombres? Porque diciendo el uno yo ciertamente soy de Pablo y el otro yo soy de Apolo, ¿no soís carnales?"*

Aquí el apóstol Pablo estaba escribiendo a una iglesia ampulosa. Había mucho jolgorio y algarabía. Había reuniones muy bulliciosas, tenían el don de lenguas como en ninguna otra, y otra cantidad de cosas que se describen en otros pasajes de esta primera carta. Sin embargo, el apóstol está diciendo claradamente: no pude darles el alimento sólido porque ustedes no son espirituales sino que son carnales. Tenemos en esta carta algunas pautas que nos permiten hacer la diferencia entre lo que es la verdadera espiritualidad y lo que es acostumbriera, exterior o que no es lo que Dios quiere. Hay celos y contiendas, hay personalismos, hay una ampulosidad exterior que no coincide con lo interior.

En el Nuevo Testamento la verdadera espiritualidad es aquella que se expresa con toda la vida y no con una parte, no de una manera fragmentada o parcelada. La espiritualidad verdadera es aquella que se levanta desde las entrañas del ser, que ha sido engendrada en el Espíritu de Dios. Es asumir un nuevo estilo de vida. Es asumir una nueva forma de personalidad, toma formas en una conducta diferente.

Si se mira en Gálatas 5:22 allí se lee: Más el fruto del Espíritu de Dios, la credencial de la espiritualidad verdadera está dada por una serie de virtudes que se enumeran aquí. No son excluyentes de otras, pero son definitorias de cómo la Palabra interpreta la espiritualidad. Hay nueve: amor, gozo y paz, al principio. Esto se refiere a estados interiores de conciencia no a una ampulosidad hacia afuera. La paz interior, la armonía recuperada de la personalidad, el gozo como una forma de tranquilidad interna que ha producido el Espíritu Santo en la comunión nueva; la fe, la mansedumbre

y la templanza, un estilo de vida en la relación con los demás. Si se mira bien, este fruto del Espíritu está agrupado de tal manera que podemos ver las características que corresponden a la vida interior y aquellas que se vinculan con la capacidad relacional, con la capacidad de aceptar al prójimo y tratarlo adecuadamente. La paciencia, la benignidad y la bondad, aquí hay algo que coincide con Colosenses 3:5, donde el apóstol Pablo dice: *"Haced morir pues todo lo carnal..."* como escogidos de Dios enunciando una serie de virtudes o características.

Aquí tenemos la espiritualidad verdadera, entendida como una personalidad transformada por el poder de Dios. Hay creyentes que tienen mal carácter y otros que tienen malos hábitos. La palabra enseña que esto no puede ser. A veces nosotros ponemos el foco en los pecados groseros y decimos éste no fuma, no mata a nadie, no bebe, o no es un adúltero; pero tiene ira, no tiene dominio propio, tiene mal carácter. El que tiene mal carácter es un mal creyente. Uno tiene que examinarse a sí mismo a la luz de estas cosas y ver cómo le ha tocado el conocimiento de Jesucristo, el ser engendrado en el Espíritu, su forma de ser y de articular la fe. La verdadera espiritualidad del Nuevo Testamento, se expresa con una nueva vida que toma nuevas formas de expresión a través de la conducta en toda la multiplicidad de sus manifestaciones.

En segundo lugar, la espiritualidad está signada por la sabiduría en el arte de vivir, no la sabiduría técnica o profesional. La iluminación de Dios y la espiritualidad verdadera hace al hombre sabio en el arte de vivir. El apóstol lo dice en 1° Corintios 2:15: el espiritual es aquel que puede juzgar adecuadamente las cosas. En Colosenses 1:9, Pablo eleva su oración: *"no cesamos de orar por ustedes y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y en inteligencia espiritual"*, dando de hecho la concepción de que hay una inteligencia que no es espiritual, que es carnal. A veces, vemos mucha obtusión, embotamiento, locura, en la vida de los creyentes; y no hay sabiduría ni sensatez. No hay juicios de valor adecuados. Uno advierte un desbordar que a veces se parece a lo que ocurre en situaciones de enfermedad mental. Se advierte una locura en el enjuiciamiento de la realidad, que no es precisamente la que Pablo menciona en un momento, cuando dice que podemos ser llamados locos. Él se refiere a algo completamente distinto. Hay creyentes que toman literalmente la cosa y dicen: *"para ser un buen creyente, uno tiene que ser un poco loco"*, no en el buen sentido, sino en el malo, en ese desvarío, el absurdo de la sin razón.

Hay un pequeño libro de John Stott donde habla de la racionalidad en el creyente verdadero. El libro se llama: *"Crear es también pensar"*, y pensar adecuadamente, razonar las cosas como conviene y no caer en la locura.

La verdadera espiritualidad, la del hombre nuevo, es dominio propio. En la Escritura significa que uno ha de recuperar el timón y la rienda de la vida interna, que es capaz de manejar la vida. No es que Dios nos roba el timón de la vida, sino que nos devuelve la verdadera capacidad para manejarla. Algunos le echan la culpa a Dios de todo y creen que Dios roba el dominio propio y entonces hay que interpretar esto de: *"ya no vivo yo, más Cristo vive en mí"* y todos esos textos que en la teología paulina hablan de la unidad con Cristo, como textos que se refieren a enajenación. Sin embargo, es claro cuando hacemos una buena exégesis, qué lo que Dios está haciendo aquí, es dando la verdadera posibilidad para manejar nuestra vida interna. Nosotros ahora tenemos dominio propio, no en el sentido de que podemos reprimir más, sino en el sentido de que podemos tener discernimiento nuevo de Dios. La verdadera espiritualidad es aquella que se expresa en la capacidad de amar y de darse a las buenas obras. El amor no solamente aparece como el primer elemento del fruto del Espíritu en Gálatas 5, sino es lo que en la Escritura mide la verdadera espiritualidad. El fruto es lo obligatorio, los dones del Espíritu en las cuatro listas del Nuevo Testamento son optativos o funcionales, el Espíritu los da como él quiere y en función del ministerio de la iglesia. Algunos creyentes miden la espiritualidad por los dones o por un don espiritual en particular y creen que ese don es obligatorio, transformándose el parámetro para medir la espiritualidad. Están interpretando mal lo que dice la Palabra. En 1° Corintios 12, 13 y 14, se dice que los dones no tienen que ver con la plenitud espiritual, ni son la manera de medir la espiritualidad de alguien. Los dones son optativos, el fruto del Espíritu es obligatorio. Para descubrir si soy espiritual o no, no tengo que preguntar ¿tengo el don de sanidad? ¿tengo el don de profecía? No. La pregunta tiene que ser: ¿Cómo está mi capacidad de amar? ¿Cómo está mi gozo? ¿Cómo está mi paciencia? ¿Cómo está mi mansedumbre? ¿Cómo está mi bondad? ¿Cómo está mi benignidad?

Aquí tenemos nosotros la traducción de esa espiritualidad en buenas obras. Efesios 2:10: Creados en Cristo Jesús como seres espirituales por el poder del Espíritu Santo de Dios para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano en ellas y de hacer el bien no nos cansemos, dice la Escritura. A veces ser insensibles, inflexibles, arrogantes o agresivos es confundido con la verdadera espiritualidad.

Finalmente, la Palabra dice que la espiritualidad o un estilo de vida cotidiana, no tiene que ver con la liturgia, con el domingo, con las explosiones esporádicas de sensualidad, sino tiene que ver con un estilo de vida. Cuando el apóstol Pablo escribe a los Gálatas en 5:16: "*Andad en el Espíritu*" señala: andar como espirituales. La palabra andar aquí hay que traducirla como vivir. Andar es vivir. Andar en el Espíritu es vivir un estilo de vida realmente diferente de lunes a viernes.

Hay creyentes que saben lo que se hace el domingo, pero no saben bien, qué se hace de lunes a viernes. Los creyentes aprendemos qué se hace el domingo: el domingo hay que ir al culto, a la escuela de Educación Cristiana, hay que cantar coritos, hay que ir a testificar al aire libre. ¡Eso es ser espiritual! Pero lo que a veces no comprendemos bien, es que la espiritualidad tiene que ver con lo cotidiano.

Cuando todavía no había templos, ni liturgias, ni estaba la Biblia para leer, Jesucristo expresó un concepto de espiritualidad. Hay que entender ese concepto. 1° Pedro nos señala cómo lo entendía el apóstol, recordemos él lo aprendió duramente. Y ahora ser edificados todos como una casa espiritual. Cada uno de nosotros podemos darles diferentes connotaciones a esta expresión. Los teólogos lo han hecho, pero ser casa espiritual significa por lo menos que es el lugar donde Dios habita, desde la cual Dios se manifiesta y a través de la cual Dios está presente en el mundo. Jesucristo dice que está en el mundo, en nosotros y nosotros decimos que somos su cuerpo presente aquí.

Jesucristo en nosotros anda por el mundo y nosotros somos la casa espiritual en donde él habita y se manifiesta.

Encontramos otra característica en Gálatas 6:1: "*Hermanos, si alguno fuese sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado*". El espiritual no es aquel que azota, sino es aquel que restaura en amor. Aquí dice el apóstol: Vosotros sois espirituales, restauren al que ha caído. Estamos restaurando, estamos restaurando heridas, estamos poniendo el aceite cuando hay quienes están lastimados. A veces actuamos de policías gendarmes, a veces con esa comprensión tonta de espiritualidad que pretende guardar el purismo en la congregación, echamos a cualquiera que no llena los patrones para quedar nosotros puros, santos; pero no restauramos en amor a aquel que lo necesita.

Termino mencionando algunas expresiones de espiritualidad patológica, ya desde el punto de vista psicológico, psicopatológico si ustedes quieren.

A veces, detrás de cierta forma de espiritualidad hay una **incapacidad para el pluralismo**. El fanatismo es una patología espiritual bastante frecuente. El fanático es aquel que está alienado porque no puede convivir en un mundo pluralista y no puede confrontarse con personas que piensan distinto que él. Es aquel que dice: "*obviamente que nunca la verdad tiene el mismo derecho que el error, y como yo tengo la verdad, yo tengo que tener más derechos que los otros*"; axioma sostenido por la Iglesia Católica durante muchos siglos.

Hay una segunda posibilidad que yo llamaría **paranoia espiritual**. La religión es lo que mejor satisface el deseo de poder y dominación. Adler decía, con razón: "*en el fondo todos queremos ser poderosos*". Ninguno quiere ser el "*último orejón del tarro*". Hay personas que nunca podrían mandar a nadie a no ser que se enrolasen en alguna iglesia cristiana.

Así entran en la iglesia, porque desde allí pueden mandar. Hay personas que nunca tendrían un auditorio de más de 10 o 20 personas que los escuchara, a no ser que se hicieran pastores. Entonces: ¿Cómo hago para que me escuchen 100 personas? Me tengo que hacer pastor, no tengo otra opción, porque miro en las mejores conferencias científicas de Buenos Aires y no hay más de 15

o 20 personas. Los eruditos que hablan no tienen un gran auditorio. Creo que la única forma de tener hoy un auditorio es siendo pastor, allí uno ejerce poder e influencia. A veces se dicen sandeces, pero no importa, siempre va a haber clientela para todo.

Tenemos otro desarrollo. El **misticismo** es también patología, es una transfiguración del deseo sexual. Se produce un orgasmo sexual a través de la crisis mística. Hay un libro: **Sexualidad y religión**, que muestra toda la liturgia de la monja: se casa con Dios, se pone el anillo, escribe poesías de amor a Jesucristo, cae en un éxtasis, luego tiene la contracción tónica-crónica del orgasmo sexual, y después queda sedada. Esta experiencia espiritual no tiene ninguna diferencia con una sexual.

Todavía hay un par de patologías más. Hay algunos que nos han hablado de la desviación que se llama **mesianismo**. Esto quiere decir, la pretensión de cambiarlo todo, de construir la Ciudad de Dios, el sueño de querer hacer el Reino de Dios; el excesivo fanatismo por la lucha social. Tenemos que guardar balance en esto.

Finalmente tenemos la patología que se utiliza para la dominación, y que llamamos **paternalismo**, es decir, el utilizar la religión para amansar a las multitudes, para poder manipular las cosas. Se hace aquí una suerte de transferencia. Cuando los ingleses poseían su imperio sobre Oriente Medio y tenían grandes colonias, ejercieron su dominación a través del Evangelio. Cuando vinieron los conquistadores a la América Latina, llegaron los sacerdotes. Había que afirmar la dominación, y la religión fue utilizada como elemento de dominación. Los ingleses inventaron aquel himno que hasta hace poco cantábamos nosotros: *"Si sufrimos aquí, reinaremos allí en la gloria celestial", "si llevamos la cruz por amor a Jesús..."* Esto fue agregado después. Ellos decían: ustedes sufran, ustedes sométanse, nosotros vivimos bien acá y también viviremos bien allá; ustedes sufran acá, allá en el cielo van a vivir bien.

A la vez entonces, otra patología social aparece: la utilización de una falsa espiritualidad como el **apaciguamiento**. Pablo lo decía en otro contexto: la domesticación; nosotros podemos ser domadores de fieras, domesticadores de gente, adaptándola a situaciones de vida que son infrahumanas; la sometemos, de manera que pierdan toda la agresividad y toda la capacidad reactiva comenzando a aceptar lo que de otra manera sería inadmisibile.

¡Cuidado con la religión! Es el arma más poderosa que hay sobre la tierra para sanar o para enfermar, y según la usemos nosotros, va a ser el resultado!

EL HOMBRE NUEVO Y LA IGLESIA

Lic. Hugo Santos

Comencemos con algunas afirmaciones que se desprenden del mensaje bíblico. La iglesia es una comunidad instituida por Dios que se hace concreta en las comunidades particulares. Cada congregación local es, o debería ser (cualquiera sea su denominación) una parte o una muestra de la iglesia total.

La iglesia ha sido elegida por Cristo y existe por su acción. La posición de Cristo respecto de la iglesia se da en un doble sentido: Él es el fundamento, el arquitecto, la piedra angular y, al mismo tiempo, ella es su cuerpo y los cristianos parte de este cuerpo.

Cristo llega a los seres humanos y establece entre éstos una comunidad. Aprovecha el carácter social de las personas y orienta en dirección al proceso histórico de la vida colectiva.

Cristo está en la comunidad y ésta está en Él. Para decirlo con las palabras de Bonhoeffer: *“La iglesia es presencia de Cristo del mismo modo que Cristo es presencia de Dios... la iglesia es el Cristo existente como comunidad”*. Por eso, esta metáfora del cuerpo debe ser interpretada en sentido funcional, lo cual implica que somos dirigidos por Él del mismo modo que nosotros regimos nuestros cuerpos.

Claro, alguien podría sacar un libro de historia y mostrarnos que muchas veces la iglesia no estuvo o no está a la altura de este propósito divino. La iglesia es obra del Espíritu Santo, pero también está marcada por situaciones humanas con todo lo que esto significa. Por eso, tener en cuenta sólo el primer aspecto nos lleva muy fácilmente a confundirla con el Reino de Dios, considerara sólo en el segundo, nos expone a ubicarla como una institución más.

Así decimos que Adán sólo ha sido sustituido por Cristo en el aspecto escatológico; como realidad que ya empezó, pero todavía no se concretó. También en la iglesia, los **nuevos humanos** en interacción y misión ya han recibido un anticipo de lo porvenir, pero todavía no lo realizaron en plenitud.

Por tal motivo, la idea de Iglesia nueva, al menos en una perspectiva pastoral de este tiempo, es más un camino que una meta. Es, tal como se desprende de las Escrituras, una senda a transitar, o si preferimos, otra imagen, un faro que ilumina nuestro andar y nos señala cuáles son los propósitos de Dios. Será importante tener en cuenta los obstáculos y problemas que impiden su realización.

Entre esto que ha comenzado ya, pero que todavía no se ha consumado, estamos nosotros. Por este lugar transita la iglesia y es en él donde debe expresar su vida y misión.

Siendo esta una consulta de Psicología Pastoral nos preguntamos ¿qué puede decirnos la psicología pastoral en relación con este proceso? ¿En qué puede ayudarnos? La respuesta a estas preguntas tiene numerosas facetas que excederían el marco de esta introducción. Sin embargo, me parece importante desarrollar dos de ellas que vale la pena tener en cuenta y que son fundamentales en cuanto al aporte de la psicología pastoral para la vida de la iglesia: el primero se vincula al ministerio de la salud dentro de la comunidad eclesial; y el segundo, al modelo de funcionamiento grupal y de liderazgo deseable.

El ministerio de la salud en la comunidad eclesial

Comencemos con una pregunta: ¿Cómo define la psicología pastoral la salud mental? Una mirada ingenua podría hacernos creer que esta ciencia, que tantas cosas importantes nos dice sobre el ser humano, debería tener una rápida y concreta respuesta para una cuestión tan fundamental. Sin embargo, la misma no es tan sencilla como parece a primera vista. No quisiera entrar a considerar las

implicancias epistemológicas que tiene el concepto de salud. Para decirlo muy sintéticamente podemos afirmar que no es posible plantear una definición en términos absolutos.

Todos los conceptos sobre la salud que encontramos en distintos textos no son más que una serie de elementos para aproximarnos a esta idea.

Por ejemplo, Aida Aisenson Kogan en su: "Introducción a la psicología" dice que *"madurez implica una visión realista de los hechos y situaciones, capacidad de amar, capacidad de producir, capacidad de autoconocimiento, capacidad de aceptar lo inevitable, capacidad de planear para el futuro, capacidad de dar satisfacción a las propias necesidades, capacidad de sentirse libre de sentimientos de culpa o de temores injustificados, capacidad de vivir armoniosamente con los demás, capacidad de reconocer y enfrentarse con situaciones conflictivas, en lugar de evadirse de ellas, sea de hecho o a través de una constante represión, capacidad de adecuación sexual, capacidad de gozar de la vida, capacidad de mantener la propia personalidad, pero además adecuándose con cierta flexibilidad a las situaciones en lugar de adoptar actitudes estereotipadas, realización de las propias posibilidades"*.

Otro autor argentino, Rodolfo Bohoslavsky, en un artículo publicado en el N° 10 de la Revista Argentina de Psicología, titulado "Reflexiones en torno al concepto de salud y enfermedad" define la salud como *"equilibrio interno, coherencia; capacidad de ponerse en el lugar del otro; aceptación del rol; tomar al otro como un objetor total; dar y recibir afectos; tener confianza en sí mismo y seguridad y confianza en el otro; interdependencia; en suma, el trabajo y el amor de los que hablo Freud"*.

Todas estas aproximaciones podrían plantear, en relación con el tema de esta ponencia, la siguiente pregunta: ¿Salud mental es sinónimo de lo que llamamos en nuestras iglesias salud espiritual o madurez cristiana? Tenemos que decir que no. Pero esta negación no debe llevarnos a suponer que ambos conceptos no están íntimamente relacionados. Sobre este particular hay, por lo menos, dos afirmaciones que tenemos que hacer: salud mental no supone necesariamente madurez cristiana. Tenemos que reconocer que hay gente que no es creyente y, sin embargo, revela en su conducta un caudal de salud mental que no tenemos muchos de los que estamos dentro de las iglesias. Pero esta primera afirmación debemos acompañarla de una segunda: madurez en Cristo implica salud mental. El primero es un concepto más totalizador que el segundo. Toda organización patológica de la personalidad es un escollo en la realización plena de l hombre nuevo.

Paul Tournier en su libro "Técnicas psicoanalítica y fe religiosa" hablando de la conversión dice que *"una experiencia espiritual es como una revolución. En un país un príncipe se apodera del mando por un golpe de estado. En medio de la multitud que lo aclama, los partidarios del jefe destituido se hacen de momento los más celosos partidarios del cabecilla actual, dada la impotencia de los tales. Pero su adhesión no es sincera, y en ellas introducese en la corte el enemigo que va a armar, en secreto, intrigas para derrocar el nuevo régimen. Llegado el triunfo del Soberano, ellos se ocultan, para volver a levantar la cabeza cuando les llegue la ocasión favorable, minando su poder. Así sucede en nuestros compuestos inconscientes. Tratan de desaparecer en los momentos de victoria espiritual, se camuflan y participan de esta unanimidad interior que nosotros sentimos. Pero no han capitulado y hacen sabotaje en sus victorias si no los desenmascaramos."*

Es válida la advertencia del Dr. Tournier: una de las maneras de expresión de los núcleos psicopatológicos de nuestra personalidad es a través de nuestra comprensión de la fe cristiana.

Todos los que nos hemos dedicado al difícil arte de la psicoterapia sabemos cuánto han contribuido ciertos conceptos religiosos en la instalación y arraigamiento de muchas patologías. A veces las señales de lo "viejo" se esconden detrás del disfraz de lo religioso, de palabras seudobondadosas y de frases como las consabidas: *"es la voluntad de Dios"* o *"Dios así lo quiere"*. Pero también hemos visto cómo la fe en Jesucristo ha sido muchas veces estimulante e inspiradora en la resolución de numerosos conflictos.

Es fundamental que comprendamos esta problemática en un momento histórico donde con tanta frecuencia confundimos en nuestras iglesias formas con significados., "señales del Espíritu" con experiencias de sugestión, liderazgos neuróticos con llamados del Señor, etc.

Howard Clinebell en su libro "Mental Health through Christian Community" afirma que la religión puede ser constructiva, creativa, sanadora, una fuerza que afirma la vida; o una oscura, represiva fuerza que daña la vida. No es la sugerencia de que hay una religión monolítica cuyos practicantes son mentalmente sanos, sino que esto depende de la manera en que es comprendida y aplicada. A partir de su experiencia como consejero pastoral, formula una serie de criterios que son una especie de test que nos ayudan a distinguir en la predicación, la enseñanza, la liturgia, la comunidad de la iglesia, lo que es sano de lo que no lo es.

"Una forma particular de pensamiento y práctica religiosa ¿levanta puentes o barreras entre la gente? ¿Fortalece o debilita el sentido básico de relación y confianza con el universo? ¿Estimula o impide el desarrollo de la propia libertad y responsabilidad personal? ¿Provee métodos eficaces o no para ayudar a la persona a pasar del sentimiento de culpabilidad al perdón? ¿Provee principios guías éticos significativos o subraya lo trivial? ¿Es de primera importancia el comportamiento superficial o la profunda salud de la personalidad? ¿Se presta para aumentar o disminuir la alegría de la vida? ¿Estimula a la persona a apreciar o despreciar la dimensión de las emociones de la vida? ¿Encauza las energías vitales del sexo y la agresividad en una forma constructiva o destructiva? ¿Pone énfasis sobre la aceptación o negación de la realidad? ¿Engendra creencias maduras o inmaduras (mágicas)? ¿Alienta la honestidad intelectual con respecto a las dudas? ¿Presenta un cuadro de la situación humana demasiado simple o enfrenta la complejidad de la existencia? ¿Enfatiza el amor (y el crecimiento persona) o el temor? ¿Da a sus adherentes un marco de orientación y objeto de devoción que son adecuados para manejar la ansiedad existencial en una forma constructiva? ¿Anima al individuo a relacionarse con su inconsciente mediante símbolos religiosos vivientes? ¿Se acomoda a las tendencias neuróticas de la sociedad o hace esfuerzos para cambiarlas? ¿Aumenta o debilita la autoestima?"

Una iglesia que tiende a la salud es una iglesia preocupada por el crecimiento y desarrollo de sus miembros, pero también por la calidad y madurez del funcionamiento grupal. Es decir, es generadora de cambios en el sentido global.

Todo grupo y toda persona tienen un potencial no desarrollado de sí mismo. Todos somos menos del oque podríamos ser. La iglesia tiene la misión de ayudar al desarrollo de ese potencial. Esta no es una tarea más de la iglesia, ni un aspecto adicional a su acción. Esto es esencial a su ministerio.

En este sentido, debemos recuperar en toda su dimensión el significado de la palabra conversión. No sólo como el paso fundamental hacia la vida cristiana, sino también como un camino hacia la salud integral que debería darse en tres dimensiones: en uno mismo, en la relación con el prójimo y en la sociedad y en el vínculo con Dios.

Grupo y liderazgo en la comunidad eclesial

El ministerio pastoral no puede limitarse a los individuos, sino también debe comprender a los grupos y comunidades. El pastor actual, en su formación, no sólo debe saber acerca de las vidas de las personas en términos individuales, sino también debe conocer los fenómenos propios que se producen en toda situación grupal, porque, tal como dijimos al principio, la iglesia debe ser analizada teológicamente como asimismo por las ciencias humanas desde lo grupal e institucional.

De modo que si queremos pensar a la iglesia desde esta perspectiva sería sumamente útil indagar en la etimología de la palabra grupo. Esta proviene del italiano *gruppo* o *gruppo*, cuyo sentido fue, primero: "nudo" y solo después hará alusión a conjunto-reunión. Los lingüistas lo relacionan con el antiguo provenzal *grop*=nudo, y suponen que es un derivado del germano occidental *Kruppa*=masa redondeada, originándose este último significado en la idea de "círculo".

Si aplicamos estos sentidos a la vida de la iglesia, podemos decir que esta idea de "nudo" nos habla de un vínculo e interacción que está sostenido por el amor, la fe y la esperanza entre todos y con Dios, y la imagen de "círculo" nos sugiere una relación respecto de un centro que tiene que ver con una misión, con una tarea, con Jesucristo mismo.

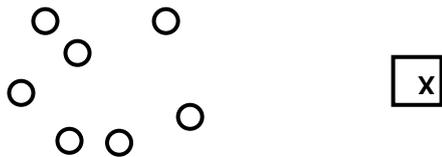
El psicólogo pastoral E. Mansell Pattinson, especializado en temas grupales vinculados a la iglesia, afirma que el promedio de iglesias exhibe pocos de los atributos de un sistema desarrollado y maduro. Esto es porque, según este autor, en la mayoría de las congregaciones la estructura eclesial está sostenida por un pastor, quien se siente sobrecargado en la tarea de mantener a los miembros juntos y funcionando.

Desde la psicología pastoral, un sistema eclesial integrado debe reunir por lo menos, cinco condiciones:

1. Múltiple conexión e interacción entre los miembros. La gente no está relacionada sólo con el pastor.
2. La relación entre las personas debe comprender múltiples esferas de la vida. El encuentro de los creyentes no solo debe darse en "lo religioso", sino que es importante que abarque otras áreas.
3. Este vínculo tiene que darse en diversos tiempos y lugares, extendiéndose más allá del templo o dependencias de la iglesia y del horario del culto, compartiendo diferentes actividades.
4. La relación de los miembros debe suponer una doble dimensión. En primer lugar, instrumental, es decir, una interacción que tiene que ver con la tarea de la iglesia y su misión. En segundo lugar, afectiva. El amor de los unos por los otros sostiene los vínculos interpersonales y la integración grupal. Ambos aspectos están en una íntima relación.
5. Es un sistema abierto a la comunidad y a la redención de nuevos miembros.

A partir de aquí quisiera que consideremos cuatro modelos de iglesia. No son los únicos posibles, tienen las limitaciones de los esquemas que tienden a simplificar la realidad, diluyendo matices; pero nos permitirán ver graficados cuatro tipos grupales en relación con su líder. En adelante, cuando mencionemos a éste, nos estaremos refiriendo a una función que puede ser ejercida por una o varias personas (laicos y/o pastorales).

Modelo 1:



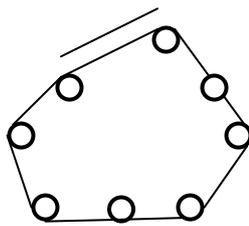
Individuos

Líder

En este primer modelo tenemos un grupo de individuos que no están vinculados unos a otros, excepto en uno o varios momentos o circunstancias particulares. El líder puede convocar y juntar a la gente para momentos de trabajo, de culto, de enseñanza, etc.; pero la integración se limita a esos momentos. La unión de las personas está basada en la presencia, el dirigismo y la acción del líder.

Esta iglesia estaría, entonces, caracterizada por la presencia de un pastor o laico carismático, quien empuja a la gente a unirse y sostiene la unión con un dinámico liderazgo personal.

Modelo 2:



Grupo



Líder

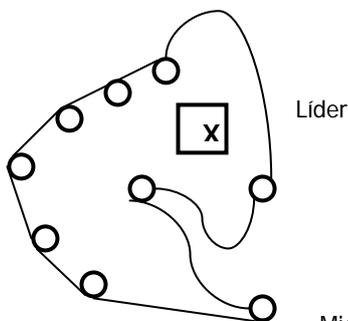
Con respecto a esta estructura, debemos decir que hay mejores condiciones de funcionamiento que en el anterior, en cuanto a la dinámica e interacción grupal.

Se comparte plenamente la identidad grupal y las metas. Hay un gran esfuerzo por homogeneizar las opiniones, los sentimientos y la estrategia congregacional. Hay poco margen para divergencias o enfoques diferentes.

El líder es percibido, generalmente, especialmente si es el pastor, como fuera de la iglesia. El grupo no es tan dependiente de su pastor, pero éste debe actuar de acuerdo al grupo – iglesia. El pastor va a encontrar grandes dificultades en conducir esta iglesia en dirección a cambios y ésta no le va a permitir al ministro ejercer su función, a menos que haya aquello que ella desea. En otras palabras, si este pastor no se adapta a esta iglesia, se tiene que ir.

Nuevos miembros serán bienvenidos si ellos entran en el sistema preestablecido y los disidentes no serán tolerados. Es una iglesia que pretende formar miembros como si fueran chorizos, uniformes, uno al lado del otro. Puede crecer en miembros, pero permanece en un estado de estereotipia y repetición. Todo cambio, desde dentro o fuera, lo siente como una amenaza. Es una comunidad sin grandes conflictos por que trata de sacárselos de encima.

Modelo 3:



Grupo

Líder

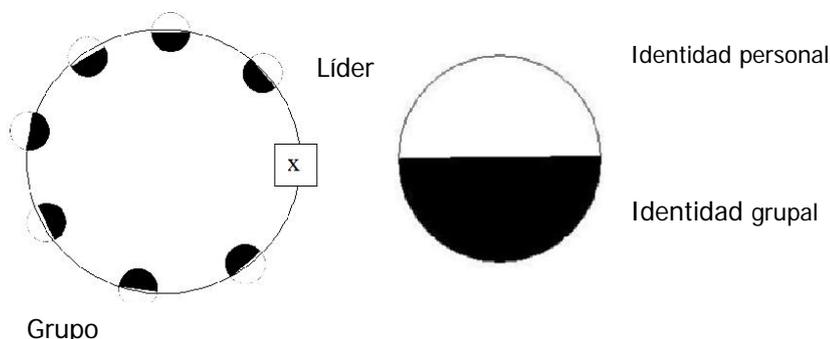
Miembro disidente

En este modelo de iglesia, emergen con intensidad los problemas que suelen reprimirse en el tipo anterior. El grupo tiene una identidad compartida y requiere que cada miembro marche en el mismo camino pero esta pretensión de ser iguales bloquea la expresión de la identidad y creatividad personal.

En la tarea hay una elevada tensión entre lo individual y lo grupal. Las personas que protestan contra la tiranía del grupo serán tildadas de disidentes. Estas pueden apartarse del grupo para proteger su individualidad o la iglesia puede, sutilmente o no, excluir a los no adaptados con el propósito de mantener inalterable la identidad grupal. Estamos en un contexto conflictivo.

Una mirada superficial podría considerarse este modelo como definitivamente negativo. Sin embargo, la iglesia está en camino de constituirse en algo igual o parecido al esquema 2; o bien de dar lugar a una grupalidad más creativa y enriquecedora.

Modelo 4:



Nos encontramos que hay una relación de las personas respecto de un centro y una relación interpersonal entre las mismas. Hay una identidad grupal (que estaría representada por la parte sombreada) sin la cual no es posible construir un grupo. Esto supone un conjunto básico de creencias, una común unión espiritual con Dios, una pertenencia institucional, lazos afectivos, etc., elementos sin los cuales no es posible constituirse en iglesia, en un grupo. Pero además es necesario que, como otro polo de la tensión, se de lugar al respecto por las características individuales de cada uno de sus miembros.

Esta cuestión corresponde a una tensión que existen en todos los grupos humanos y que se refiere a la dialéctica serialidad – grupo. Es decir, para que alguien entre a un grupo debe renunciar a ciertas cosas personales, llegando a un proceso de homogenización que opera en todos los grupos, pero ninguno de éstos puede pretender que los miembros renuncien a su personalidad porque, en última instancia, no es deseable ni para la persona ni para el grupo. Entonces, será fundamental el proceso de identificación, pero también el de individuación.

Como está representado en el gráfico, el líder no está fuera del grupo, sino que es parte del mismo. Es alguien más, con un rol determinable.

Necesitamos recuperar en nuestro tiempo el verdadero sentido de la palabra *koinonía*. La palabra original griega sugiere un profundo y genuino compañerismo y disponibilidad para compartir. En el Nuevo Testamento, Pablo habla en varios pasajes de sus cartas del mutuo compañerismo y ayuda entre los creyentes, partiendo de la común unión de cada creyente en Jesucristo. La *koinonía* es posible hoy entre los cristianos, quienes llegan desde sus particulares "caminatas" de vida, para compartir en la iglesia la fe y la vida.

Koinonía es asociación. Los cristianos debemos ser socios en Cristo. Aún en situaciones de servicio, ayudado y ayudador dan y reciben mutuamente. La *koinonía* es siempre activa. No es secreta ni oculta. Existe en la relación personal con otros. No supone estar siempre de acuerdo, por lo contrario, si es intensa y honesta implica, y muchas veces requiere, la confrontación entre la gente.

Si entendemos que el modelo 4 es el que más se aproxima al ideal, no debemos pensarlo como una situación grupal cerrada, por lo contrario está abierta a otros y procura que éstos participen de esta comunión.

También esta apertura se refiere a los cambios. Ninguna situación grupal es estática, por el contrario, requiere una constante respuesta a las situaciones que vienen de adentro y fuera de la comunidad.

La dinámica de la iglesia implica que la misma sea tal que permita una movilidad de sus estructuras, actividades, líderes y relaciones interpersonales que la lleven a cumplir cada vez más eficazmente su misión.

El liderazgo, una cuestión fundamental en la dinámica grupal eclesial

Londoño, un sacerdote especializado en temáticas de dinámica de grupo, en su libro, "*Formación de comunidades*" ha caracterizado las distintas etapas por las que transita un grupo desde su constitución. Dice que las etapas de la vida de un grupo se podrían comparar con las etapas de la vida de una persona: período prenatal, infancia, adolescencia, juventud, adultez y vejez. Es necesario un estilo de liderazgo, según este autor, que se vaya adaptando a estos distintos momentos, estimulando el crecimiento y desarrollo personal y grupal.

Es verdad que, a veces, en los comienzos de la vida de un grupo hace falta un estilo de conducción que puede parecerse a las de un liderazgo autoritario, pero esta situación debe ser transitoria. Hay pastores que ejercen su liderazgo de tal manera que dejan en la situación de infancia grupal crónica a sus propias iglesias.

Hay en muchos líderes evangélicos un manejo narcisístico tal de su liderazgo que los lleva a perpetuar actitudes autoritarias, paternalistas, en una constante autoafirmación que los hace aparentar más de lo que son al precio de un achicamiento y oico de sus liderados y una disminución de las posibilidades creativas y conductuales y del desarrollo de los dones y capacidades de éstos.

Por eso debemos decir que la función primordial de los líderes (pastores o laicos) es ayudar a los miembros a vincularse de tal modo los unos con los otros y con el Señor, que esa reunión resulte un vínculo de recíproca interacción y mutualidad, que derive en una ayuda para el sostén y el crecimiento personal y se potencie en función de la misión de la iglesia.

Dentro de la comunidad cristiana esto resulta en una importante paradoja: el mejor líder, el mejor pastor llegará a ser cada vez menos visible, mientras el funcionamiento del sistema grupal vaya siendo más efectivo en términos interpersonales y misionales.

El líder debe ser alguien que estará recordando a la iglesia su misión y las metas particulares que la comunidad se haya propuesto. En el grupo maduro todos participan en cuanto a tareas concretas, responsabilidad, sostén, consideración por las normas, en fin, en todo lo que hace a la vida de la iglesia, de acuerdo a sus dones, posibilidades y necesidades comunitarias. La función de los líderes será ayudar a coordinar esta acción grupal para que la tarea de cada uno de se ensamble y se potencie en lo que la iglesia hace.

Sintetizando, podemos decir que la psicología pastoral ofrece elementos para comprender lo que significa la madurez de la persona, iluminándonos, de este modo, para ayudarnos a comprender si el mensaje y acción de la iglesia se dirigen hacia la constitución del ser humano nuevo o si, disfrazados de apariencia religiosa limitan o frenan las posibilidades que cada persona y el grupo como un todo tienen, constituyéndose en un factor de frustración, empobrecimiento y alienación.

También debemos afirmar que el hecho de que haya dos creyentes en Jesucristo juntos no significa que, espontáneamente, se sientan y actúen como hermanos. Aquí también la psicología nos ofrece una teoría y técnicas grupales para ayudar al desarrollo de esa relación y comunidad, estimulando el amor y el compromiso de los creyentes con la misión. Así la iglesia podrá ser testimonio y pequeña muestra de lo que quisiéramos para toda la sociedad, siendo su vida anticipo del Reino de acuerdo a los propósitos de Dios.

EL HOMBRE NUEVO Y LA RESPONSABILIDAD SOCIAL DEL CRISTIANO

Lic. Josefa R. de Robert

La investigación social ha adquirido últimamente gran importancia. Los resultados obtenidos han contribuido al mejor conocimiento de la sociedad y a la solución de agudos problemas.

El desarrollo pleno del ser humano y su existencia pueden ser entorpecidos o favorecidos según se den las relaciones entre los hombres.

El cristianismo está incluido en la sociedad. Jesús dijo que no somos del mundo, pero estamos en el mundo. Podemos retraernos o identificarnos con nuestros semejantes compañeros de ruta. Estaremos de todos modos afectando o influyendo de una manera determinada. Es inevitable que la iglesia y el cristiano jueguen roles sociales. El asunto es cómo los van a jugar. ¿Será marginándose, rehuendo su responsabilidad, o comprometidamente entregándose a su prójimo en la lucha de la vida?

Pareciera que la Biblia mostrara el anhelo de Dios, desde el principio, de que viviéramos solidariamente unidos. Nos hizo de sexos diferentes, con lo cual nos obliga a unirnos a uno otro complemento. El primer hecho social es el de la interdependencia e interrelación de uno con otro. Para crear una vida es necesario salir del individualismo y entrar en sociedad. Nadie es autosuficiente en sí mismo. Necesitamos de otros y otros nos necesitan.

La pregunta de Caín, ¿Dónde está tu hermano? Parecería dar por sentado que somos responsables de saber qué pasa con nuestro hermano, con los demás seres que transitan con nosotros. Solo alguien con egoísmo y envidia destructiva podría contestar: ¿soy yo guarda de él? ¿Qué me importa de mi hermano? ¡Sólo me importa de mí! Lo social se opone a lo individual; nos lleva hacia el otro, nos saca del narcisismo.

También Pablo dice que ninguno vive para sí. Y menos el cristiano, quien forma parte de un cuerpo, el Cuerpo de Cristo, quien vino, no para ser servido sino para servir. Así también la iglesia existe en el mundo para desempeñar un doble rol: ser sal, que con su prédica detenga el proceso de corrupción social y ser luz, que como tal, amplíe la posibilidad de ver y disipar las tinieblas. Los cristianos pueden ejercer una influencia saludable en el mundo, promoviendo la difusión de la verdad, la belleza y la bondad, el gozo, el amor y la paz. Los problemas de la comunidad humana son muchos y grandes y producen frustración, impotencia y dolor. Jesús dijo que fuéramos luz y que esa luz no la esconderíamos, que la expusiéramos bien alto. Para eso se necesita valor, para no ocultarnos, por componendas, por pereza o por temor.

Podemos ser responsables. La palabra **responsabilidad** deriva de responder a la mirada de los ojos del otro que me mira, y es uno de los elementos del amor. Por eso responsabilidad como respuesta siempre será **acción**. Jesús dijo que esa luz eran **nuestras buenas obras, nuestras acciones**.

Por lo tanto, la responsabilidad social del cristiano sería todo aquello que podamos hacer en respuesta a nuestros congéneres que nos miran pidiendo algo. ¿Qué nos piden? **Obras**. Y las obras pueden ser de los tres órdenes en que acontece todo accionar humano:

- En el pensar
- En el sentir
- En el hacer

A menudo los evangélicos hemos interpretado nuestra responsabilidad social únicamente en términos de ayudar a las víctimas de una sociedad enferma y poco o nada hemos hecho por cambiar las condiciones que provocan esas víctimas.

Asistencia no es igual que asistencialismo. Hay un modo de darle comida a un niño pensando que ayudar es sinónimo de someter. Y hay un modo de procurar que ese niño pueda ir a la escuela y a la universidad para que se gane el dinero que necesita. Sin dejar de hacer esto que Santiago dice: **“dar de comer al hambriento”** se puede también trabajar para que ese hambriento pueda ganar el dinero que necesita, eliminando injusticias que derivan en su independencia. Santiago dice: **“el jornal de los que no les ha sido pagado reclama...”** es decir, también busca la creación de mejoras básicas en la sociedad que garanticen justicia en las leyes, libertad y dignidad para el individuo. No deberíamos eludir nuestra responsabilidad de influir en todos los niveles de la sociedad para provocar cambios no solo en las personas, sino también en las estructuras de poder y en los sistemas de pensamiento que las sustentan.

Toda acción implica compromiso y a la vez toda acción está fundamentada en un conjunto de ideas que implican una organización, una categorización y un criterio de valores. Toda acción tiene una idea que la rige y es aquí donde se generan los cambios.

Nuestro compromiso debe ser con el pensar y el actuar

Jesús vivió tan cerca y responsablemente en sus días, que produjo cambios fundamentales en la naturaleza de la sociedad humana. Estamos habituados a pensar en Jesús de manera sentimental y devocional. Pero además de eso tuvo un intelecto de sorprendente fortaleza y originalidad y una osadía moral inigualable. Por eso causó una revolución en sus enseñanzas. Sus principios son permanentes y universales. Nuestro cristianismo debiera ser también no sólo devoción y sentimientos, también pensamiento y trabajo práctico.

Jesús tuvo en cuenta los motivos, intereses y necesidades (deseo de subsistencia, de poder, de amor) del ser humano y actuó en base a ellos. También consideró las características grupales. Para comprender al hombre debemos mirar más allá de su individualidad y verlo en combinación con sus semejantes. Jesús intentó implantar en la mente y el corazón de los hombres **enseñanzas individuales y sociales** que tendrían el efecto de transformar al hombre y a la sociedad. La manera en que cada sociedad lo haría dependería de los diferentes, lugares, tiempos y políticas.

En la parábola explicando la naturaleza del reino de los cielos (Juan 3:1-7; Mateo 13:1-23; Marcos 4:13-23) muestra que la propagación de su enseñanza se base en el contacto personal. Cada cristiano imbuido del espíritu del Maestro y haciendo un toque mental por dichos y escritos y un toque personal por obras y afectos. Ser cristiano es ser seguidor de Jesús y extender su reino, proclamando y viviendo sus principios de amor, franqueza, falta de egoísmo y hermandad de los hombres.

¿Cómo se mostraban estos principios en acciones en la vida práctica de Jesús? Jesús confraternizó libremente con su medio. El reconoció la necesidad y el valor de asociación entre los hombres y participaba de las costumbres sociales de su tiempo. El se complacía de ellas en tanto no dañaran a la persona (Juan 2, las bodas de Caná). Pero no seguía costumbres sin pensar, ni las rechazaba por mero aislamiento o evitación fóbica. Si ignoraba las costumbres prejuiciosas y faltas de amor (Lucas 7, come en casa del fariseo). Fue acusado de comilón y bebedor, pero no se preocupó por eso. Por el contrario, su conducta no fue ascética ni evitativa del placer de la amistad. Se acercó a los pobres y ricos, no descartó impíos ni marginados; estuvo con los llamados justos y con los que la sociedad veía como pecadores. Su vida social parecía subordinada a hacer su tarea de servir al Padre sirviendo a los hombres. No **“cortándose”** de la sociedad, sino insertándose en ella. Una razonable actividad social, gozosa y gratificante, es esencial para el desarrollo de nuestras capacidades y para un mejor servicio a la sociedad.

¿De donde los creyentes hemos sacado la idea de aislarnos del bienhechor goce social? Recuerdo nuestra experiencia juvenil:

- Aislarnos aún de la familia inconversa, porque se contamina
- El deporte contamina
- Los bailes contaminan

- Las fiestas contaminan
- Los amigos inconversos contaminan

En una ocasión, un chico salió de una reunión diciendo: **“por favor, con ese criterio hasta respirar contamina... mejor morirte”**. Que diferente es esto de lo que dice Jesús: **“lo que contamina al hombre es lo que sale de adentro del hombre”**. O como lo dijera Pablo: **“para el limpio todo es limpio...”** El problema está adentro, no afuera. Si nuestra identidad cristiana es firme no necesitamos defendernos tanto.

Jesús participaba (Mateo 9:10-13). No hacía diferencias salvo si algo afectaba el bienestar de la persona. El vino para que tengamos vida y gozo. Podemos nosotros hacernos aceptables a la comunidad; al barrio, a la cooperadora de la escuela, a las fiestas familiares o de amigos de nuestros hijos, sean o no creyentes.

El vivir en sociedad gozosamente no sólo nos hará bien; también nos hará más humanos y más felices, y también hará que ensanchemos nuestra utilidad. Allí en la sociedad, con sus alegrías y debiéramos poder vivir la vida cristiana sin perder nuestro yo, sino gozando y sirviendo.

Creo que esto es parte de nuestra responsabilidad social. Así no crearíamos una disociación tan grande que perjudicaría a nuestros hijos y jóvenes llevándole a un **“Morite”** o peor a una inhibición social enfermiza.

Jesús gozaba de la vida social, disfrutaba del intercambio humano y del sincero afecto. Gozaba con franqueza de las cosas pequeñas aún con los **“pecadores”**. Se suele identificar a Jesús con la tristeza y el dolor pero se olvida su disposición a compartir placer y felicidad, su deleite y amor por la belleza y la naturaleza que observaba en sus momentos de ocio creativo.

Como era Jesús en su actividad intelectual

¿Cómo se incluía en su grupo? ¿Qué pensaba? Por sus incomparables parábolas y por su genial oratoria vemos su capacidad productiva intelectual. Usó su poder de razonamiento en sus debates con escribas y fariseos. No rehuyó la confrontación. Exponía sus ideas. Se quedó solo contra lagunas enseñanzas de su tiempo y tradiciones judías. **Pensaba** y mostraba por acciones sus ideas: sobre la observancia del sábado, aparentemente transgrede la ley porque interpreta que la ley fue hecha a causa del hombre y no a la inversa (Mateo 5:21-30; Lucas 12:42-46; 21:34-36).

Jesús fue independiente y sin temor en su actividad pensante. No fue un fanático de mente estrecha, ni descuidado o desinteresado de temas a pensar. Fue amplio, miraba el corazón (las motivaciones) y al amor como principio básico en juego. A partir del **“amor a Dios y al prójimo como a ti mismo”** hacía juicios correctos.

Sus seguidores no podemos rehuir la responsabilidad de pensar. Es cómodo hacer lo que siempre se hizo, seguir repitiendo como si el tiempo no pasara y nada cambiara. Pero eso es rehuir a la responsabilidad social de aportar ideas. Deberíamos poder equiparnos para esta tarea de introducir cambios por medio de juicios claros y pensamientos nuevos. Hay temas para repensar, revisar, cuestionar en vez de seguir repitiendo costumbres, conceptos que siguen manteniendo enseñanzas dormitivas que no dejan crecer.

Jesús solía decir: **“oíste que fue dicho... pero os digo...”** Cuántas veces frente a una pregunta de nuestros jóvenes hemos dicho: “Bueno, antes se decía así, pero ahora ¿se puede seguir diciendo lo mismo? ...**y estoy hablando de temas concretos**, aunque parezca ambiguo.

El **miedo a pensar** lleva a algunos creyentes a temer que sus hijos vayan a la universidad “porque les van a sacar la fe” o que se asusten mucho y ahoguen a cualquier joven que muestre agudeza de razonamiento y tendencia a hacer cosas nuevas. Se torna peligroso. Y en vez de esforzarse en capacitar a sus hijos o fieles para que puedan poseer una fe pensada prefieren continuar con una postura cómoda e **irresponsable** dejando **abandonados** a los que nos piden **respuestas**.

Temas como el divorcio, la guerra, las revoluciones, la sexualidad, etc. son temas para pensar, **es parte de nuestra responsabilidad social** y debemos aportar.

Hablando y pensando de alguno de estos temas, un líder me dijo: "*Si es verdad, yo también lo veo así, pero esa verdad es peligrosa, prefiero seguir diciendo que eso es pecado, pero que no se aflija que casi todos lo hacen, que Dios le perdona*". Esto no es lo que Jesús creía. El decía que la verdad **nos haría libres**. Pero la libertad suele ser temida, como si se confundiera libertad con libertinaje temiéndose un caos por lo cual se quedan sin pensar.

La juventud de hoy busca significado, paz, amor, realidad. Desprecian la vida deshumanizante, apresurada y competitiva. ¿Qué respuestas tenemos a estas inquietudes? Demasiado a menudo la iglesia es conformista; no vida sino muerte; no amor, sino juicio y condenación. **Si nuestra fe no resiste un análisis** es muy lamentable y no vale la pena sostener algo que no nos animamos a cuestionar. Si estamos seguros del valor de la verdad no temeremos examinar nuestras ideas.

Y finalmente como vemos la responsabilidad social expresada en hechos

Estos hechos deben partir de una disposición o estado interior de voluntad de darse, entregarse por ello. Kierergard decía que las verdades no son para ser pensadas sino para ser vividas. ¿Cómo concretar nuestros deseos de servir, de participar de nuestra comunidad?

¿Cómo lo hacía Jesús? Juan 5:7, el paralítico de Betesda: "No tengo quien me meta en el agua..." ausencia de la persona humana y ayudadora: ahí llegó Jesús. Ocupó un lugar que nadie ocupaba (no lugares de prestigio). Ayudando a un vecino, a un familiar, a un anciano que pide **calor humano**.

Alimentando los 5000. Los doce dijeron: "**despídelos que se hace tarde, están sin comer...**" que se arreglen. Nosotros les predicamos, lo demás es asunto de ellos. Desentenderse de las personas. Jesús NO rehuyó completar su servicio a esas personas. "**Dadles vosotros de comer**", "**Haceos cargo**". De la iglesia primitiva se dice que no había entre ellos necesitados.

Nicodemo vino de noche a pedir atención. Jesús lo atiende fuera de hora. Se dedica a él quien necesita una palabra de orientación.

El asunto es una entrega, y esta entrega puede implicar:

- Dar tiempo
- Dar afecto
- Dar energía trabajando
- Dar dinero
- Dar palabras

Fuera de nosotros mismos y a favor de otros.

Una **distorsión** de esta acción sería realizarla como fachada. Ejemplo: voluntarias del hospital. "van para descargar la conciencia, para alcanzar prestigio, pero se e que no lo hacen de corazón". ¿Se ve? ¿Cómo se ve?

- Porque no gastan mucho
- Porque van tarde y se retiran lo antes posible
- Porque sólo hacen tareas que no les ensucian las manos

Otra distorsión es hacerlo para ganar almas para Cristo o como medio de evangelizar. Tal como sería proselitismo; el Evangelio es llevar buenas nuevas, hacer bien al hombre. La acción servicial que surge de un auténtico sentido de responsabilidad no se realiza **para** algo, sino **por** algo. No es una interacción del orden técnico de utilidad y conveniencia sino del orden del **amor** y cuidado

a un ser humano. Si la disposición interior es dar se canalizará en forma espontánea. Así fue la acción del buen samaritano (Lucas 10:25). ¿Por qué de tres personas que pasaron junto al herido, sólo una le ayudó? ¿No lo vieron? Si lo vieron de lejos... **“Viéndole... pasaron de largo”**.

¿Por qué se **detuvo** el samaritano? Fue movido a misericordia: la motivación viene de adentro. No **para** sino **por**. Su corazón lo empuja. El verdadero servicio nace allí. ¿Cuál es la clave aquí? ¿Por qué fue movido? Porque **vinó cerca de él. Se expuso a ser conmovido**. No temió meter el cuerpo; traspuso las barreras:

- De sus propios intereses
- De sus prejuicios
- De sus temores
- De su orgullo

Se acercó. ¿Lo habrá mirado al herido? ¿Qué le habrá dicho esa mirada? Algunos se distancian para no dejarse tocar. Para no conmovirse. Tiene miedo de **gastarse**; y al quedarse lejos **no ven al otro en su dimensión humana**. Para ver al otro en su llamado, en su necesidad, debemos salir del círculo de nuestro egoísmo y abrirnos a los que nos rodea.

Responsabilidad social no es más que la expresión concreta, práctica, visible, de la riqueza espiritual que haya en nosotros por la unión de nuestra vida con Cristo, que nos capacita para mirarnos mutuamente. Negar esto es negar la esencia del evangelio. Sentirlo y hacerlo, sin esperar nada, por el sólo impulso del amor es estar siguiendo las pisadas de Aquel que dijo: **“Como me envió el Padre, yo os envío”**. El no se escondió, se identificó con nuestra humanidad, se expuso a nuestras tentaciones, penas y dolores. Ahora nos envía a nosotros, no para escaparnos de la responsabilidad, sino para **compartir el dolor de la humanidad angustiada, para pensar y sentir las dudas de las personas, las dificultades y las tristezas**.

Para dar alivia y buenas nuevas de paz. Tal es nuestra responsabilidad; identificarnos con el SER en el mundo, en este peregrinaje humano hacia al verdad. Unidos desde un lugar de finitud, de incompletad y de carencia, dándonos la mano para compartir lo mejor que tengamos, para apoyarnos, para ayudarnos.